

F.A. Porras Echezuría

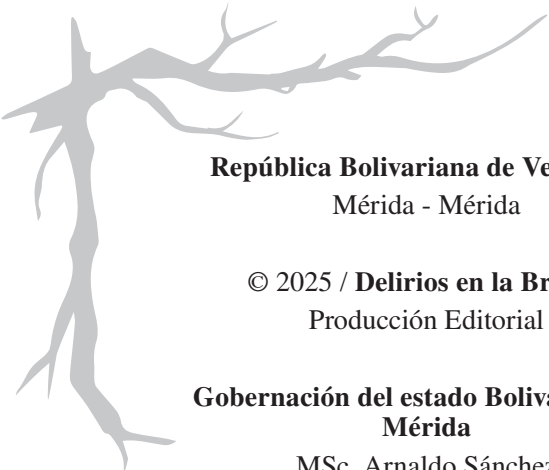


DELIRIOS EN LA BRUMA

Cuentos y algo más

DELIRIOS EN LA BRUMA
Cuentos y algo más

F.A. Porras Echezuría



República Bolivariana de Venezuela
Mérida - Mérida

© 2025 / **Delirios en la Bruma**
Producción Editorial

**Gobernación del estado Bolivariano de
Mérida**

MSc. Arnaldo Sánchez
Gobernador

Imprenta de Mérida C.A. (IMMECA)

Humberto Martínez Caffiero
Presidente

Gerencia de Producción / Arte y Diseño

Lcd. Eduardo Sivira / Khephanyer Fonseca

Diseño y Diagramación

Darianna Chirinos

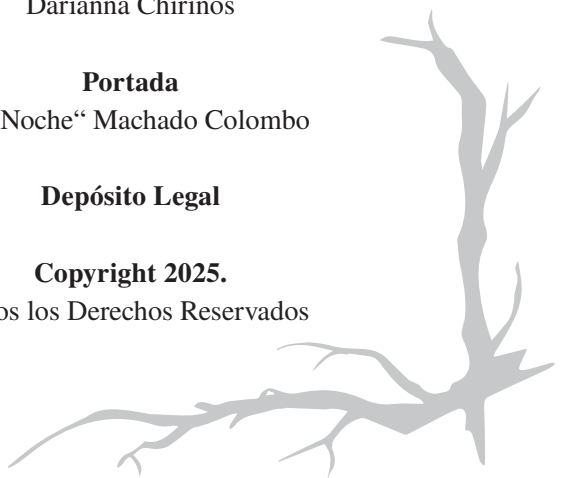
Portada

“La Noche” Machado Colombo

Depósito Legal

Copyright 2025.

Todos los Derechos Reservados



ÍNDICE



Las Brumas De Terror: Los Territorios Del Miedo 06

Prefacio 19

El Cinaral 21

Otra Vez... 35

D4 37

Alas 49

La Loca 61

El Edén 71

LAS BRUMAS DE TERROR: LOS TERRITORIOS DEL MIEDO

I

Hay una categoría en los géneros narrativos - relato, cuento o novela -, que remite siempre al miedo, al espanto, por efecto del terror, o al susto a causa del horror. Estos discursos de historias aterradoras, que le instauran el miedo a los lectores, datan de finales del siglo XVIII, con el surgimiento de la novela gótica en Inglaterra, que desarrolla unas narraciones con ambientes e historias lúgubres, distintos elementos sobrenaturales y misteriosos, la presencia de seres, personajes y territorios que representan a la “divinidad” del Mal - el diablo -, o a cualquiera de sus distintos emisarios o alter ego, como Mefistófeles por ejemplo; pero además con la narración de historias sobre fantasmas, momias, vampiros, historias de licantrópías, historias macabras y territorios lejanos, desolados, oscuros y tenebrosos que rompen con su cotidianidad ordinaria, creando una fisura en el espacio y en el tiempo por donde se cuela lo fantástico. Estos discursos, en definitiva, narran las cosas más terribles y espantosas que pueda vivir el ser humano, las influencias maléficas, demoníacas, que le provocan escalofríos, inquietud y desasosiego. Hablamos del género narrativo del terror.

La primera novela gótica de la que se tiene referencia es la titulada *El castillo de Otranto* (1764), de Horace Walpole; posteriormente, otros escritores desarrollaron estos temas, entre ellos y durante ese siglo XVIII: Clara Reeve autora de *El viejo Barón inglés* (1777); Ann Radcliffe *Los misterios de Udolfo* (1794) y Matthew Lewis, *El Monje* (1796); en

el siglo XIX Mary Shelley, célebre autora de Frankenstein o el moderno Prometeo (1818); Charles Maturin, autor de Melmoth el errabundo (1820); E.T.A Hoffmann, quien escribió Los elixires del diablo (1815); Edgar Allan Poe quien escribió algunos de los mejores cuentos de terror que se conozcan, como “Manuscrito hallado en una botella”, “La caída de la Casa Usher”, y “El extraño caso del señor Valdemar”, entre muchos otros; Nathaniel Hawthorne, con su novela La casa de los siete tejados; Bram Stoker, autor de Drácula (1897); Robert L autor de la novela El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde, y H.P. Lovecraft, otro de los grandes maestros de este género, autor entre otras obras de las novelas El caso de Charles Dexter Ward, En las montañas de la locura y El que susurra en la oscuridad, y el cuento “El extraño”.

Durante el siglo XX, el inicial relato gótico dará paso al relato fantástico de terror, que ya se venía mostrando en algunos autores de finales del XIX. En este relato fantástico han venido descollando autores como Stephen King - y su alter ego Richard Bachman -, quizás el mayor representante del género durante la segunda mitad del pasado siglo y también uno de los más prolíficos, de quien podemos mencionar, entre muchas otras obras, las novelas El misterio de Salem's Lot, El resplandor, La Niebla, La danza de la muerte, Christine y cementerio de animales; Shirley Jackson, La maldición de Hill House (1956) y Anne Rice, autora de la colección de novelas que recogió como Crónicas vampíricas y Las brujas de Mayfair, que fueron apareciendo durante las últimas décadas del siglo XX.

II

Los escritores de la América Latina y el Caribe no escaparon al embrujo de estas narraciones terroríficas que siembran el miedo, el temor y el espanto en toda persona que se acerca a sus escritos. Los mundos distópicos de estas narraciones, que suelen cruzarse con la realidad cotidiana para transgredirla, aparecen en los escritos de autores que podrían considerarse como pioneros de este género en nuestro espacio continental. Aquí debemos mencionar a Rubén Darío, quien escribió algún cuento sobre vampiros, Leopoldo Lugones y sus cuentos sobre científicos dementes y personajes que crean el Mal, como jardineros que cultivan rosas capaces de asesinar a la gente; algunos cuentos y novelas breves del brasileño Joaquín María Machado de Assis, por ejemplo *El alienista*; lista que incluye también algunos trabajos de Amado Nervo y Ricardo Palma.

Este género narrativo se puede apreciar con mayor fuerza, intensidad y elaboración discursiva en las obras de escritores como el uruguayo Horacio Quiroga, quien quizás sea uno de sus más claros representantes, con sus cuentos recogidos en el volumen titulado *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), en donde destacan “El almohadón de plumas” y “La gallina degollada”, y también en *Los desterrados* (1926), destacando “El hombre muerto”; mencionaremos la novela *La amortajada* (1938), de la chilena María Luisa Bombal; Los libros de cuentos *Nadie encendía las lámparas* (1947), *Las hortensias* (1949) y *Casa inundada* (1960), terroríficos, sinestésicos, sobrenaturales y angustiantes, del uruguayo Felisberto Hernández; la novela *Pedro Páramo* (1955) del mexicano Juan Rulfo; algunos cuentos de Julio Cortázar,

por ejemplo “Casa tomada” (1951) abordan esta temática de lo extraño y misterioso; Silvina Ocampo, argentina, autora de un libro de cuentos de terror donde destaca el cuento “Furia” (1959); los cuentos del colombiano Gabriel García Márquez recogidos en el volumen titulado Doce cuentos peregrinos (1992); la sorprendente novela del mexicano Carlos Fuentes titulada Aura (1962); El libro de arena (1975), del argentino Jorge Luis Borges; de argentina también pero de las generaciones más recientes, Mariana Enríquez con su novela Nuestra parte de la noche (2019) y Samantha Schweblin que desarrolla el terror, las angustias, lo sobrenatural y el desasosiego en algunos de sus cuentos y en su novela Kentukis (2018); otro mexicano contemporáneo, Bernardo Esquinca y su Trilogía del terror y las colombianas Gabriela Arciniegas con la novela Rojo sombra (2013) y Carolina Andújar y su novela Vampyr, con el tema del vampiro como correlato de la narración.

III

En Venezuela, desde el siglo XIX, distintos autores abordaron estas temáticas de miedo, motivos sobrenaturales, de espanto, terror y angustias ante lo desconocido y en ocasiones por lo maléfico. Correlatos fantásticos como los del vampiro, el hombre lobo, los espacios alternos del Mal, los pactos diabólicos, los fantasmas y aparecidos, serán parte de esos motivos que desarrollen nuestros escritores. Julio Calcaño, uno de los primeros en hacerlo, en un cuento titulado “La danza de los muertos”, presenta un espacio alternativo, sobrehumano, desde el cual regresa una mujer asesinada para cobrar venganza; “Tristán Cataleto”, otro de sus cuentos, aborda la temática del vampiro y quizás resulte uno de los primeros en hacerlo en nuestra parte continental; espacio

alterno, del más allá, que presentará también Vicente Camacho en su texto “Confesión auténtica de un ahorcado resucitado”; Eduardo Blanco, por su parte, tomará el motivo del pacto con el diablo para desarrollar su cuento “El 111. Aventuras de una noche de ópera”; estos motivos de los encuentros entre el Bien con el diablo o con lo diabólico, lo narrarán entre otros, Manuel Díaz Rodríguez, Eugenio Méndez y Mendoza y José María Manrique; el motivo del fantasma, por cierto, lo presentará Nicanor Bolet Peraza en su cuento “Calavera”, donde narrará el encuentro entre un estudiante disoluto y el fantasma de un judío.

En el siglo XX, encontraremos los trabajos de Antonio Reyes recogidos en un volumen titulado Cuentos brujos (1931); de Julio Garmendia podríamos seleccionar varios de sus cuentos: “El gusano de luz”, “Una visita al infierno”, “El médico de los muertos” y “El difunto yo”, entre otros; de Jesús Enrique Losada mencionamos “La máquina de la felicidad” (1938); narraciones de Antonio Márquez Salas, Humberto Rivas Mijares, Alfredo Armas Alfonso, Guillermo Meneses, Ida Gramcko, Luis Britto García, José Balza y Salvador Garmendia, quien incluye cuentos de terror en El Brujo Hípico (1979). Israel Centeno, ya en este siglo XXI, publica Criaturas de la noche (2003) y Norberto José Olivar retoma el tema del vampiro en una novela que tituló Un vampiro en Maracaibo (2009).

Apretada síntesis que nos permite dar cuenta de los relatos de terror, cuyas historias sugieren e inquietan por la irrupción de lo terrorífico, de lo fantástico y por la sensación de angustia y miedo que crean en los lectores, quienes pueden sentirse parte o hasta personajes de aquellas terribles historias que se narran.

IV

El marco introductorio anterior nos ha permitido reconocer, aunque de modo general, la importancia de los motivos narrativos del terror, el misterio, las angustias, las alteridades divinas y diabólicas, que los escritores le han dado a estos temas universales. Estos resultan ser los mismos correlatos ficcionales que el escritor venezolano Florencio Antonio Porras Echezuría - F.A. Porras Echezuría en sus libros - desarrolla en su libro de cuentos *Delirios en la bruma. Cuentos y algo más* (2025), conformado estructuralmente por seis cuentos que abordan estos temas y motivos que crean estremecimientos en los lectores, dejándoles instaurado el miedo, el temor, la angustia y el desasosiego.

Hay, en estos cuentos, un trasfondo alucinante, agobiante, de perversión y angustias, que instauran la tensión y sostienen una especie de lucha entre la divinidad y lo demoníaco, desde cuyos fantasmas y espacios lúgubres se desarrolla buena parte de su narratividad. El imaginario terrorífico y horroroso se pone de manifiesto a lo largo de cada una de las narraciones, mostrando un mundo distópico, en quiebre, por cuya resquebrajadura penetra el Mal y los seres malignos que persiguen a los personajes. Esa realidad terrorífica se evidencia en las creencias que afloran desde la conciencia del individuo, por las referencias a espectros y fantasmas. Por otra parte, la descripción de los personajes, del espacio y de la anécdota, confiere la idea de un lento transcurrir del tiempo. El tiempo no tiene prisa. Todo gravita con suma lentitud. Algunas escenas son casi fugaces, cuadros fílmicos desde los cuales la historia se disemina y se

difumina. Hay juegos con la presencia de lo que está insinuado, en tanto en cuanto es un Otro que muestra una imagen del Mal y la Perversión.

Se trata pues, de un denso libro de cuentos, con atmósferas misteriosas, donde los personajes inician una búsqueda, un reconocimiento, y, sin saberlo, van a un encuentro o a una cercanía con los sujetos y los territorios del Mal y la perversión. Encontramos también un rico y colorido lenguaje, que aproxima cierta demonicidad y ciertos estados de creencias ocultas, sin obviar algunos desgarres interiores que dejan rondando actos, pensamientos, sentimientos contradictorios como la locura, la duda, el miedo, el espanto, la vida y un irrefrenable deseo por la muerte. Los seis cuentos que conforman el libro y sus correlatos son: “El Cinaral”, donde un campesino le compra unas cuantas hectáreas de tierra que están en oferta, en un apartado territorio andino, a un hombre viejo llamado Anselmo. En la medida en que va desbrozando el campo, trabajando el intrincado bosque, la naturaleza parece cobrar vida, maléfica y terrorífica, y lentamente va destruyendo al hombre hasta desaparecerlo. El campesino se enfrenta a la rudeza, arbitrio, inhospitalidad y demonización del bosque, que lo llevan a descubrir sus cercanías con la muerte y por ello a aislarse en sí mismo, abandonarse en sus laberintos interiores. Estamos ante la presencia del Mal, que acosa al campesino hasta llevarlo a la muerte. Al final, el viejo Anselmo, el mismo personaje que le vendiera aquellas tierras embrujadas al campesino, lleva a una pareja para proponerles el mismo negocio, como si se tratase de Mefistófeles buscándole almas al diablo, o Caronte trasladando las almas al averno.

El segundo cuento, “Otra vez”, narra la irrupción de un enorme monstruo, un saurio que sale del lago, en la Guayana, se alimenta con la electricidad y con ella misma todo lo va destruyendo a su paso; al emitir algunos sonidos, de todas

partes comienzan a salir otros monstruos como el primero, que van cumpliendo con la misma destrucción eléctrica. La demonización de los animales, le sirve para reflejar una realidad espantosa, angustiante, cruel y dolorosa. En el tercer cuento, “D4”, la historia nos narra sobre una vieja maquinaria, una D4, que cobra vida y da inicio a una serie de asesinatos en venganza por los agravios que cometen los jefes de una empresa contra la única persona que ha mantenido con ella una verdadera relación de empatía y permanente cuidado.

El tema del vampiro está insinuado y sugerido en el cuarto cuento, titulado “Alas”, en donde una mujer se traslada hasta su casa de descanso en el campo y al iniciar su limpieza descubre una vasta cantidad de murciélagos que han tomado la casa e inician un acoso constante contra la mujer, que se desespera y en medio de la angustia que vive, inicia la batalla para desalojarlos. Al final, su exmarido la encuentra herida, demacrada, semidesnuda y loca mientras los murciélagos continúan habitando la casa. Los ámbitos de la locura, la fealdad y la demonización, se contraponen en este cuento para sostener la intensidad con la cual será narrado. Al final se produce una ironía con la burla de los murciélagos que mantienen el maleficio o el embrujo de la casa.

El quinto cuento, “La Loca”, desarrolla el discurso epistolar para presentarnos una de las leyendas de los páramos merideños, el de la llamada Loca Luz Caraballo. Un hombre se traslada a uno de los pueblos del páramo merideño, para trabajar la tierra, desde allí le envía una serie de cartas a un primo distante contándole lo que va viviendo en aquel apartado lugar y cómo comienza a tener cercanías con un ser espectral, al que no ve y asume que sea el espíritu de la mencionada “Loca”, que lentamente lo acosa hasta enloquecerlo y matarlo. Estamos, una vez más, ante la presencia del Mal, de lo diabólico, que

se muestra poniendo en escena la presencia de cualquiera de los emisarios del diablo, que ha estado rondado su cabaña; los ámbitos del misterio, los presentimientos, adelantan la despedida en las cartas dirigidas al primo distante ante la llegada inevitable de la muerte que se avizora. Es el imaginario de los espantos lo que estamos leyendo en este cuento. El hombre desea huir, escapar de los susurros de aquella “Loca”, de los rasguños que va dejando por todas partes, pero un sentimiento de desasosiego y angustia lo acompaña: tal vez sea debido a la orfandad misma en la cual habita, o tal vez por el temor ante la extraña y maligna presencia. La historia se cuenta desde los ruidos. En todo caso, la conciencia se instaura como un látigo que castiga cruelmente los sentidos y permite asomarse a los abismos insondables del hombre que fracasa. Al final, el primo distante a quien van dirigidas las cartas, aparecerá y hablará de la locura del hombre e inicia también un discurso epistolar con un tío contándole sobre la muerte del primo y “algunas cosas extrañas” que ha escuchado en la cabaña. La historia, como en los cuentos anteriores, se inicia nuevamente.

Finalmente, el sexto cuento, “El Edén”, nos habla de un hombre que en su camión transita por unas altas, oscuras y solitarias montañas. El camión va fallando y el hombre se detiene cada cierto tiempo para revisarlo y dar continuidad a su marcha. El cuento narra el lento transcurrir del tiempo, la noche eterna y brumosa. En alguna parte del camino encuentra un hotel que antes nunca había visto por allí, se presenta ante la recepción y se produce el encuentro con una mujer espectral, que lo lleva en un recorrido por distintos espacios, en donde va descubriendo otros seres que resultan igualmente espectrales, cadavéricos y perversos; queriendo huir desesperadamente del lugar, la misma mujer espectral que irrumpe desde la muerte para recibirlo a la entrada del hotel, le devela que ha llegado al

“Edén”, que su camión está en el fondo del barranco porque ha tenido un accidente y del “Edén” ya no podrá escapar. Tensión y desgarres en una narración que se hace densa, como la neblina que cubre aquellas montañas, en medio del solitario paraje por donde transita el hombre en su camión, sorteando baches, para dejarnos casi sin aliento en un final imprevisto. La minuciosa descripción objetual del hotel del “Edén”, no hace más que sostener las angustias del lector, debido a la intensidad misma de la historia y a los siniestros personajes que van apareciendo en aquel lugar.

V

En el universo narrativo ficcional de Porras Echezuría, encontramos una fuerza creadora que se sustenta a través de distintas atmósferas, como la locura, la muerte, la perversión, los encuentros demoníacos y con espacios demonizados; con indagaciones psicológicas, acercamientos hacia lo perverso, hacia lo misterioso, lo oculto, lo extraño, la señalada incitación demoníaca, todo ello desde la utilización de un lenguaje rico en matices, con algunas metáforas que, a la par de mostrar cierta realidad, no obvian la ficción. Hay también una fuerte tensión y una profunda intensidad, sostenidas a lo largo de cada uno de los cuentos, que parecieran no querer dejar respirar al lector y lo mantienen en suspenso y con el miedo recorriéndole el cuerpo. Encontramos, igualmente, la presencia de lo fantástico y terrorífico que se acerca e invade por completo todos los espacios narrados. El lector ignora que viaja y se aproxima al encuentro con el demonismo. La intensidad de los cuentos se palpa a través de la descripción de estos espacios de terror en donde se escenifican las historias. La tensión irá sosteniéndose

a partir de los desgarres interiores, las ansiedades y las angustias que aproximan a los personajes a su encuentro inevitable con el Mal, que llega con un giro brusco en la narración, y se produce al final del cuento, por ejemplo, cuando el hombre descubre que su camión está en el fondo del barranco y aquel “Edén” a donde ha llegado será eternamente su nueva morada.

La estructura ficcional nos permite también reconocer los espacios vacíos, todo aquello que está insinuado para que el lector lo descubra, a través de las palabras, los pensamientos, los murmullos, que llevan a cabo los distintos personajes, diciendo sin decir, conteniendo impulsos sensibles, de temor, espanto y miedo. Esta discursividad ficcional descubre, también, la vida de unos personajes que gravitan al borde del abismo, de las fisuras interiores, que se encuentran en crisis, y cercanos a la muerte. Los personajes se movilizan en medio de un universo oscuro, simbólico, complejo, distópico y terrorífico. Será el universo mismo del interior de cada uno de estos seres desquiciados. Seres ofuscados, grises, dementes, que se buscan a sí mismos para hallarse abandonados en ese universo oscuro y vacío, lleno de ambigüedades y representaciones de lo extraño, de la negatividad, del ser y el no ser, sujetos de la negatividad, del demonismo, que mueren con las sombras y con el universo oscuro que gravita en cada uno de ellos.

Los encuentros imprevistos con seres espectrales, o con la monstruosidad animal, sean estos reptiles o quirópteros, y los desenlaces fatales - camiones desbarrancados en las altas montañas andinas, campesinos devorados por bosques demoniacos, mujeres enloquecidas por la presencia de animales agresivos -, brindan la tensión necesaria y el suspenso apropiado que le dan a la atmósfera narrativa la carga de sensibilidad humana y espiritual del terror, del

espanto y del miedo. Estamos entonces, en el discurso y como dijéramos un poco antes, en presencia de lo fantástico, de aquello que se abre como una fisura en la realidad para dar paso a lo irreal, a lo sorprendente, a lo imposible, creando una correlación justamente entre lo posible y lo imposible, entre lo real y lo fantástico, como dos espacios que se complementan y cuando uno irrumpe desde el Otro, fracturando su tranquilidad, perturbándolo, se está ante la escenificación del mundo de la alteridad. Al transgredir el límite de esos espacios y un ámbito irrumpe abruptamente en el otro, nos encontramos ante lo fantástico. En este sentido, resultan historias de ficción, de suspenso y crudeza que rescatan toda la tradición clásica del terror, del espanto y del miedo, de las experiencias de lo siniestro y presencias del Mal y de las indagaciones hacia el interior del sujeto.

VI

Hemos sondeado, como lectores, en estos cuentos de Porras Echezuría, un universo oscuro, perverso, deforme, fantasmal, en donde cierta sensación de angustia, miedo y espanto queda reinando en alguna parte del lector. Encontramos en sus historias el universo de la negatividad, de la muerte, de la perversión, de lo siniestro, de mundos fantasmales. La muerte siempre llevará implícita una carga siniestra, una noción de espanto. La muerte y la locura. Lentamente, en la medida en que vamos leyendo, notamos la presencia del Mal. No hay, eso sí, una abrupta irrupción, por el contrario, el tema ha sido tratado con maestría, para que en un momento determinado estalle la crisis y el lector mantenga el suspenso y su miedo latentes. El espacio

narrativo de cada uno de los cuentos nos va configurando esa atmósfera maligna, tensa, turbia, con la clara presencia de lo demoniaco, de lo perverso, de la cual no pueden sustraerse los personajes. El espacio físico, distópico, será el apropiado para la revelación y el encuentro que está por llegarle de bruces a cada uno de ellos.

Encontramos también la presencia, como un muro infranqueable, de una soledad aterradora, un silencio espeluznante y un vacío existencial. Las presencias malignas insinuadas van creando la locura, sobre la fisura emocional del individuo y por la soledad de las montañas. Se ponen en abismo la vida y la muerte, la presencia del Bien y del Mal; la tragedia que ronda las vidas de los distintos personajes y el encuentro inevitable con la muerte al ir esos personajes adentrándose en el territorio maligno, en busca de los murmullos que rondan, de los rasguños, de las palabras y de los terroríficos silencios. Así, el hombre que se ha adentrado en sus nuevas y lejanas tierras, que desbroza el monte o que siembra la tierra, se estremece, tiritita ante su profunda soledad, ante el abandono en el cual se ha sumido, huérfano de afectos, le van naciendo sus fantasmas; pero se estremece también ante la tentación que está más allá y, paradójicamente, no sabe si vivir o huir hacia la muerte. Esto lo acercará hacia los fantasmas que ululan en su interioridad. Esos fantasmas que lo acosan, le crean fisuras desde las cuales brota el miedo y la angustia.

En definitiva, los cuentos recogidos en el libro *Delirios en la bruma*, de Porras Echezuría, mostrarán los temores y las crisis del individuo, en un tiempo en el cual lo único seguro que tiene diariamente es la muerte. Escisiones que plantean una angustia, un temor y un miedo latentes; fisuras

del yo que nos muestran ansiedades y nos lleva a sondear los diversos estados de tensión de los seres humanos, sus pulsiones, sus angustias, sus miedos, sus fracasos. La narración nos ha mostrado el temor del mundo, temor humano además, ante la presencia de lo extraño, de lo desconocido, de lo terrorífico.

Enrique Plata Ramírez
Universidad de Los Andes

PREFACIO

He aquí mis “Delirios en la bruma”. Mis primeros cuentos en medio de las montañas, su neblina, su bruma. Así como la sierra invita a la paz, la calma, la introspección y el sosiego, surgen otros elementos especialmente derivados de la aprensión a lo inesperado en medio del silencio, en medio de sus abismos, sus bosques, sus páramos. Digámoslo con claridad: el miedo a veces nos embarga y en ocasiones, surge el terror ante lo desconocido

Autores como S. King, H. Lovecraft, E.A. Poe y al sur de nuestra América, H. Quiroga, entre otros, son maestros geniales del género del terror y el suspenso. En esa línea se inscribe “Delirios en la bruma”. Cuando en lo alto de la montaña intentas acabar con la maleza, o ves un viejo tractor perdido entre el follaje, o sientes el susurro de cientos de alas, se cae el servicio eléctrico, o piensas en una mujer que busca en los páramos a su familia perdida o te encuentras en un hotel que jamás habías visto por esos parajes, te puede asaltar la duda. O quizás no.

Así como los niños y otros no tanto temen a los escaparates cerrados, a los lugares oscuros, húmedos y viscosos, el miedo puede asaltar en medio de la montaña, en medio de la bruma. Simplemente algunos me preguntarán: ¿Y por qué el terror? A eso puedo responder con otra pregunta: ¿Y por qué no?

Bienvenidos entonces a estos cuentos delirantes. Espero que los disfruten como yo, y que puedan dormir como bebés sin temer a que algo se deslice en sus camas y les susurre al oído. No importa que estén en lo alto de la montaña.

F.A. Porras Echezuría

Mérida, septiembre 2025

EL CINARAL

1

El hombre caminaba animado. A pesar de la inclinada pendiente, subía entusiasmado y con muy buen humor. El sinuoso sendero estaba profusamente sombreado por los árboles que crecían frondosos a ambos lados del camino. Los pájaros y las chicharras rompían el silencio de esa fría mañana en una cacofonía que oscilaba en su intensidad. A veces se percibía como que el ruido se metía en los oídos incomodando, y en la curva siguiente casi que se perdía entre la arboleda, las lomas y hondonadas.

—Barato que salió el terrenito ese. Y bien bonito que se ve. No tiene muchos barrancos y la mayor parte es de suave pendiente. Lo primero que voy a hacer es cercarlo con estantillos. Para eso hay bastante cínaro allí...- pensaba mientras secaba el sudor que perlaba su frente.

-¡Qué va! La semana próxima me traigo a la mula pa' cá. No está haciendo ná allá en el conuco y aquí sí que voy a necesitarla pa' sacá tanta leña...-. Comenzó a silbar una melodía contagiosa que tenía en la cabeza desde la tarde en que por fin había hecho el negocio.

Se detuvo en un claro del sendero, que permitía admirar a lo lejos algunas casas y el camino de la Culata. A pesar de su entusiasmo, y de estar acostumbrado a caminar por esas montañas, sentía que el cansancio se había colado en su cuerpo, y que las piernas no le estaban respondiendo como siempre. Sentía sus pantorrillas agarrotadas por el esfuerzo de la subida.

- ¡Qué buena vaina! ¿Y ahora este dolor en las batatas? Nojoda, tenía tiempo que no me sentía así. Y no es por la

subida, porque pa'l conuco la pendiente es más fuerte que ésta. ¿Será que va a empezá a pégame el almanaque? - decía mirando la sierra en el horizonte. El sol empezaba a calentar la mañana y sus rayos se colaban a través del tupido bosque. Volvió a ponerse el costal en su hombro y emprendió de nuevo el camino. -Ya debo estar cerquita. La otra vez no caminé tanto así...

La camisa estaba completamente sudada, pegándosele a su espalda, y a pesar del calor, el hombre sintió un fuerte escalofrío. -Ah buena vaina. Lo que falta es que me dé gripe. ¡Con lo que tengo que trabajar!...

A media mañana llegó por fin a su propiedad. Admiró el terreno desde el sendero, calculando la cantidad de leña que podía bajar para vender en el mercado el fin de semana.

-La leña de cíparo es la mejor. Y aquí hay pa' cortá unas cuantas camionadas. Los estantillos y con esos grandes hasta puedo sacá unas correas pa'l techo del rancho que voy a montá allá al lado de la quebrada...-. Volvió a secarse la frente y el cuello con el mugroso pañuelo. -¡Bueno, a trabajar!

Subió del camino a su terreno, desbrozando el frente con su afilado machete. Se extrañó que no hubiera una senda de entrada al mismo. Solamente zarzas, mogotes y chamizos que se empeñaban en cerrar el paso a cualquiera que pretendiera ingresar al bosque de cíparos. Era un amplio terreno (cincuenta hectáreas según las escrituras que le había dado el viejo Anselmo al momento de recibir el dinero por la venta). Tenía unos ciento cincuenta metros de frente, al lado del camino y subía hacia la montaña. Hacia la parte baja, al otro lado del sendero, estaba el otro terreno que bajaba con brusquedad hacía unos barrancos, que lo llevaban hasta el mismo río Mucujún. El camino iba estrechándose hasta perderse en los montes que precedían a

un hondo barranco lleno de zarzas, antes de encontrarse con el frío arroyo que caía torrencioso entre las piedras, buscando afanoso su encuentro con el Mucujún, varios cientos de metros más abajo.

El hombre se sonrió mirando su propiedad, tras su primer receso en la tarea que había emprendido despejando un paso. Se sentía un hombre rico, ya que jamás había pensado llegar a tener una propiedad tan grande y tan bonita. Su conuco, al otro lado del Mucujún, en la vía a Monterrey, era apenas un terrenito de menos de media hectárea, donde desde hacía años sacaba moras, hortalizas y tenía su rancho donde pastaban dos vacas y su querido toro padrote. Aún no entendía la causa por la cual había podido adquirir esa propiedad por un precio tan irrisorio. - ¡Es que no había nadie quien quisiera tener un terreno tan alejado en plena montaña! - le había comentado Anselmo cuando fueron a verla hacía menos de dos semanas atrás.

Con habilidad, despejó de chamizos y espinas un amplio frente, permitiendo acceder al terreno con facilidad. Se apoyó en una gruesa rama del cínaro que tenía más cerca, y volvió a secarse el sudor, mientras seguía admirando el amplio bosque que tenía a su alrededor. Al rato, emprendió de nuevo la tarea, limpiando otro trecho de zarzas y chamizos secos. Era casi media tarde cuando se detuvo a comer su frugal almuerzo. Sentado, apoyado en el cínaro, se introdujo una nueva mascada de chimó, escupiendo al poco un maloliente escupitajo. Se sentía fatigado, a pesar de que la tarea no había sido tan grande.

—Cualquiera pensaría que ese chamicero fue sembrado ahí para que nadie pasara para acá... Nojoda, ¡cuánto me costó! ¡Ni en el conuco...! Mañana me vengo más preparado, y me traigo el hacha y la escardilla. Aquí hay mucho trabajo...- y pensando en todo lo que quería hacer se quedó dormido.

Tras un agitado sueño, donde sentía que los chamizos y las moras con sus espinas y zarzas lo querían ahogar, se despertó sobresaltado.

- ¡Vaina! ¡Me quedé dormido! Menos mal que fue un ratico na' más...- pero al incorporarse con una mueca de dolor por la protesta de su espalda y sus agotadas piernas, se percató que el sol ya no estaba a lo alto, y que la oscuridad avanzaba presurosa a su encuentro.

- Pero ¿qué vaina es? Si me senté a comé a mediodía, y creo haber dormido una media hora, ¿cómo es eso que ya está oscureciendo? -. Se rascó la cabeza con incredulidad, y se encogió de hombros. Cuando volteó hacia el frente para reemprender el corte de monte, se detuvo frunciendo el ceño.

- ¿Pero yo no corté ese monte ya? Juraría que todo este frente estaba despejado...- y muy contrariado comenzó a cortar nuevamente los chamizos que tenía más cerca. Una hora después, completamente sudado, se quitó la camisa y la guindó en una rama de un pequeño aliso que crecía allí cerca. Minutos más tarde, sentía que sus brazos y hombros se encalambraban, y soltando el machete comenzó a masajear su brazo de cortar, y al dar unos pasos hacia atrás, sintió como una rama llena de espinas se hincaba en su carne. Maldijo y se arrancó con rabia la rama de moras que se empeñaba en arañar su espalda. Agarró con furia su machete y de un certero golpe, cortó la zarza.

- ¡Coño de su madre! - espetó iracundo tras arrojar la rama agresiva a los matorrales. Con lágrimas en sus ojos, se quitó una espina que se había quedado clavada en su hombro. Miró al cielo y viendo que la oscuridad estaba llegando con rapidez, se puso su camisa y decidió bajar hacia el pueblo. Mañana comenzaría más temprano y traería sus cosas para dormir en su terreno. Cuando emprendió el descenso, no se percató que

la maleza se agitaba como para darle la despedida. Tampoco se percató de la sangre que había impregnado las espinas de la zarzamora. Varias gotas fueron absorbidas con ansia por el húmedo suelo.

2

Antes del amanecer, ya el hombre ascendía la montaña. Aún estaba contrariado por lo sucedido el día anterior: se había quedado dormido, ahora no estaba seguro cuánto tiempo había sido; juraba que la maleza había crecido nuevamente a pesar de él haberla cortado con su machete pocas horas antes; y lo peor era el rasguño en su espalda. Su mujer lo había curado, regañándole por no tener cuidado. La camisa había quedado muy manchada por la sangre de su encuentro con la mora. No podía entender lo sucedido.

Cuando despuntaba el sol a lo alto, llegó al cinaral. Miró contrariado cómo el camino que había despejado en la víspera, estaba nuevamente enmontado. Estaba seguro que había sido allí ya que miró el aliso y metros más allá, el grueso árbol. Sin querer hacer conjeturas, inició la tarea, talando las ramas secas llenas de espinas que se empeñaban en impedirle el paso. A media mañana miró satisfecho el avance de su trabajo, mientras se comía la arepa de trigo que su mujer le había preparado para desayunar.

-¡Vamos a ver si vas a crecer otra vez, monte del coño!- exclamó lanzando un escupitajo hacia la maleza recién cortada. Siguió su trabajo, talando unos pequeños alisos que crecían entre los matorrales, e incluso un fresno y un par de guayabas que habían nacido muy cerca del borde del camino. Después de mediodía, decidió acopiar leña para hacer una fogata esa noche. Se quitó su camisa, mostrando su torso completamente mojado

por el sudor, y resolvió ir primero al arroyuelo y agarrar agua para tener en su área de trabajo. Silbando la melodía pegajosa, apartó algunas chamizas secas en el camino que, entre los címaros, se dirigía a la quebrada. Media hora más tarde, estaba nuevamente fajado en el trabajo de desmalezar con su machete. Había decidido hacer lo de la leña cuando bajara el sol, a pesar de que todo el terreno estaba bien sombreado por los frondosos címaros.

Después de comerse la mitad de la sopa de arvejas que había traído, comenzó a cortar la leña. Acopió unas ramas secas de fresno que había cerca, y deteniéndose a mirar el bosque, exclamó en voz alta:

-Mejor corto unas ramas de címaro. Por algo es la mejor leña y aquí es lo que sobra...

Escogió un árbol no muy grueso y lanzó un fuerte machetazo hacia una de las ramas. El afilado instrumento apenas arañó la corteza de la rama. Contrariado de nuevo, devolvió el golpe con más fuerza todavía, y tras unos minutos de esfuerzo, logró cortar el pequeño tronco.

- ¡Verga, este palo sí que es duro! - dijo nuevamente en voz alta. Se quedó mirando a los lados, al sentir como que alguien había gemido. - ¿Y esa vaina? ¿Hay alguien por ahí? - profirió en alta voz. Apenas algunas chicharras respondieron con su insistente chirrido.

Luego de cortar varias ramas pequeñas, decidió acometer el corte de unos troncos más gruesos, de otro de los árboles del bosque. Cuando su machete rebotó sin hacer mella en la gruesa madera, escupió hacia el árbol.

-¡Voy a buscar el hacha, palo hijo e' puta!- y se encaminó a buscar su herramienta. Cuando dio el primer golpe, la hoja del hacha quedó enterrada en el tronco, y obligó al hombre a luchar con el cabo del hacha para poder sacarla del corte.

Estaba muy mortificado por los problemas que percibía en lo que para él era una tarea ordinaria y que a diario ejecutaba sin mayor esfuerzo. Estuvo más de una hora golpeando con su hacha a varios címaros pequeños, logrando reunir una buena cantidad de leña. Estaba fatigado en extremo, y su cuerpo completamente empapado de sudor. Tras cada golpe, sentía que los gemidos seguían por allí, muy cerca, pero al incorporarse y otear a su alrededor, el más completo silencio. Ni chicharras ni pájaros. Solamente el ruido de su respiración agitada.

Llevó la leña cortada hacia un claro cercano al árbol donde se había quedado dormido el día anterior. Con habilidad, logró trozar los leños grandes con su hacha, y con su machete sacó varias astillas secas de fresno para encender la hoguera. Media hora más tarde, el fuego crepitaba. El hombre lo miraba con satisfacción, y recogió sus herramientas, su costal y sus otros enseres, e improvisó un campamento para pernoctar. Sentado apoyando su espalda en el grueso tronco del címaro, se comió el resto de sus arvejas mientras veía las llamas arder. Al poco rato comenzó a dar cabezadas. Ya la oscuridad había inundado el bosque. El hombre se levantó y bostezó, intentando desperezarse, pero sentía que el cansancio lo ahogaba con fuerza. Los ojos se le cerraban mientras luchaba contra el sueño.-Cualquiera diría que algo me está obligando a dormir...- volvió a exclamar en voz alta, como para darse ánimo. Se sentó nuevamente y al poco rato dormía profundamente.

3

Las ramas de los árboles se movían como garras afiladas, tratando de aferrar su cuerpo, que se revolvía con furia intentando

esquivar cada estoque de las ramas. Entre la intrincada maleza, veía a varios cuerpos removerse. Las manos intentaban abrirse paso entre ese infierno de espinas, desgarrándose sus carnes que volvían a ser enterradas entre las ramas espinosas que crecían como por arte de magia. Los gemidos de esos cuerpos habían dado paso a alaridos espeluznantes, que igualmente se ahogaban bajo el peso del follaje que seguía creciendo exuberante. El hombre miraba aterrado los estertores de los cuerpos que seguían luchando con las ramas y las espinas, pero ningún ruido salía de su garganta. Cerró los ojos con fuerza para no seguir mirando ese paisaje aterrador. Las sombras que se percibían a través del fulgor de las llamas, hacían que los estertores de los cuerpos que pugnaban por levantarse en medio del intrincado cúmulo de ramas, zarzas y chamizos, se percibieran agigantados, agrandando igualmente la percepción de su agonía.

Tenía los ojos cerrados, pero seguía viendo todo con claridad. -¿Cómo podía ser eso posible?- pensó horrorizado. -¡Tiene que ser un sueño!- se dijo. Volvió a abrir los ojos y sintió que la lucha amainaba, que los cuerpos habían sido sometidos nuevamente por el follaje, y con horror, percibió que ahora las garras en que terminaba cada rama, se volvían hacia él. Podía sentir claramente cómo cada árbol había despertado de su letargo, y se encaminaban hacia donde se encontraba, impotente para incorporarse y salir corriendo de esa horrenda escena de pesadilla. Lo más que podía era agitarse intentando mover sus brazos y sus piernas, y sintiendo que el corazón salía de su pecho, gritó con toda su fuerza. La oscuridad lo envolvió y se lo tragó. Se sentía cayendo en un profundo abismo sin fondo, y resignado, se dejó caer.

4

Con un fuerte sobresalto despertó. A su alrededor el bosque daba la bienvenida a ese nuevo día. La claridad comenzaba a colarse entre el follaje y los pájaros trinaban alborozados por la llegada del amanecer. Incorporado sobre sus brazos, miraba a los lados, sintiendo que aún el horror vivido esa noche estaba aferrado a su conciencia. El corazón desbocado seguía retumbando, y se masajeó las sienes por el dolor que con furia bailoteaba en su cabeza. Estaba sudado a pesar de la frescura de la mañana, y sentía cómo su cuerpo temblaba sin control.

-Coño, fue una pesadilla...- se dijo como para darse ánimo. Al levantarse con gran esfuerzo, se miró los brazos y las piernas, y asustado en extremo percibió con espanto los terribles arañosos de sus extremidades. Se puso el puño en su boca para impedir el grito que pugnaba por salir en una bocanada llena de pánico. Poco a poco se fue calmando hasta que los temblores remitieron. Pudo levantarse y sin mirar a ningún otro lado, se encaminó al arroyo.

Hincado de rodillas, introdujo su cabeza en las gélidas aguas, hasta que sintió abrasados sus pulmones por la falta de aire. Levantó su cabeza y allí sí miró a su alrededor. Nada. Sólo árboles y maleza. Sentía que los címaros le miraban burlándose de él. Se levantó y se rió de su miedo. Se lavó con fruición hasta que sintió que el susto había pasado y se sentía bien despierto. Con una sonrisa en sus labios, se encaminó de nuevo hacia el campamento.

-¡Qué tonto soy! ¡De vaina me cagué del susto, pero aquí no hay más que árboles y chamizos! Jajajajaja... Ya más animado, se puso su camisa. Tenía la piel erizada, aunque se dijo que era por el frío del amanecer. Removió las cenizas de la fogata

que aún estaba encendida introduciendo algunas astillas secas para avivar el fuego. Colocó un pequeño recipiente con agua para preparar café y así poder iniciar su tarea. Mientras el agua hervía, se apartó para echar una buena meada, riéndose del susto que aún sentía muy dentro.

Tomó una taza de café bien fuerte sin azúcar, y apagó la hoguera para evitar algún accidente. Agarró su machete y el hacha y al encaminarse hacia el bosque se quedó paralizado. Los címaros que había talado la tarde anterior, las ramas que había cortado y con las cuales había hecho la hoguera, estaban allí. Sin rastro de daño, corte o tala. Se acercó sorprendido y con suma extrañeza tocó uno a uno los troncos de esos árboles. En una o dos ramas pudo ver algún vestigio de tajada de su hacha o machete. Más nada. Sintió que el pánico volvía a su pecho, pero lo alejó furioso.

-No fueron estos los palos que corté... Seguro estaban más allá. ¡Y no voy a perder mi tiempo revisando!...

Se sacó a juro las dudas de la cabeza, y comenzó a mover su machete sin parar, desmalezando otro buen tramo del frente de su propiedad. Estaba como abstraído, desconectado de la realidad circundante, solamente eran él y su machete desmalezando. No quería pensar en más nada.

A media mañana el rugir de sus tripas le recordaron que no había preparado desayuno. Miró una mata de moras bien cargada y con cuidado (recordando el encuentro anterior con el agresivo arbusto) se metió un puñado de bayas en su boca, sintiendo con deleite el sabor ácido y dulzón de la fruta. Tres puñados después, decidió que era suficiente, y reemprendió su faena. Los mosquitos revoloteaban a su alrededor, lo que lo obligó a manotear con fuerza. Ya

a mediodía prácticamente todo el frente de la propiedad estaba limpia de maleza. Con ayuda de su escardilla limpió el área que había escogido como acceso, logrando despejar un pequeño camino que del sendero principal lo llevara a través de los címaros a su campamento. Había pensado en preparar alguna comida caliente, pero pensando en que tendría que encender la hoguera de nuevo, prefirió comer un pedazo de pan duro y panela que tenía en su costal. Mientras se comía su menguado almuerzo, se sentó a contemplar su bosque. Algo le decía con insistencia que había alguien o por lo menos, algo más, cerca de él. Miró nervioso en todas direcciones y al final volvió a reír por su nerviosismo.

No quería volver a pasar la noche en ese lugar, por lo que decidió no recoger más leña. Desbrozó el amplio sector que conducía hacia la quebrada, y satisfecho de su trabajo, se dispuso a recoger sus cosas y emprender el camino a su casa. Ya había bajado el sol, por lo que eran más de las cuatro de la tarde. Tomó su costal y su hacha y se los colocó en el hombro, y tomó su machete para salir hacia el camino. No reparó en la raíz que obstaculizaba su paso. Tropezó con ella y cayó a lo largo, golpeándose la cabeza con una piedra que tampoco se había dado cuenta que estaba allí. Cuando volvió en sí, con un fuerte dolor de cabeza, se tocó la frente y percibió sangre en sus dedos. Tenía toda la cara ensangrentada por una herida en su frente, de la cual manaba aún la sangre. Se sentó maldiciendo y sacó del costal un roñoso paño que se colocó en la herida. Estuvo un largo rato allí sentado, esperando que amainara la hemorragia. Cuando se incorporó, ya la oscuridad estaba enseñoreándose con el bosque.

-¡Jesús, María y José! Tengo que irme pa'l coño antes de que la oscuridad vuelva a envolverme...- y dio unos pasos vacilantes recogiendo sus herramientas y demás cosas desparramadas tras la caída. Cuando estuvo listo para salir de la propiedad, percibió horrorizado que no había camino, no había lugar despejado, estaba completamente rodeado de zarzas espinosas.

Con el corazón desbocado comenzó a dar golpes con su machete, pero sentía que la maleza crecía obstinada tras cada golpe de su herramienta. Retrocedió espantado hasta que llegó nuevamente hasta el viejo cínaro que había utilizado como base para su campamento. Aterrado miró en todas direcciones percatándose de que no había salida de allí. Solamente estaba despejado el claro donde se encontraba. Con la cabeza a punto de estallar, prendió rápidamente otra hoguera. Por lo menos no iba a estar a oscuras. Se sentó impotente apoyándose en el tronco del viejo árbol, y aprovechando el resplandor de la fogata miró el paño que estaba usando como venda. Estaba empapado de su sangre. Se tocó la herida con la mano y la retiró con una mueca de dolor. La sangre manaba de nuevo. Estaba adolorido, cansado, hambriento y sediento, y no sabía cómo salir de allí. Sentía que una fuerza superior le impedía abandonar ese sitio.

-Primero no quería que viniera. ¡Ahora no quiere que me vaya!- gimoteó francamente asustado. Unas gotas de sangre de su cabeza cayeron en el suelo, y pudo ver horrorizado cómo la tierra la tragaba con placer obsceno. Se apartó asqueado de ese sitio y al levantar su mirada vio cómo las ramas y todo el follaje del cinaral se movía, como estremecido por alguna fuerza invisible, o algún ser espectral que caminaba por el medio del bosque en dirección hacia él.

Aterrado volvió a gritar y se tumbó en posición fetal, cubriéndose la cabeza con sus manos. Desde el suelo, a través de la rendija que permitía su abrazo, volvió a ver y sentir la pesadilla de la noche anterior. Cuerpos intentando incorporarse, gimiendo, llorando, gritando, aplastados por las ramas de los címaros y las zarzas espinosas que seguían saliendo con profusión de las entrañas de la tierra. La sangre de su frente continuaba manando y el suelo bebía groseramente de ella, alimentándose, saciándose, con lujuria grotesca. El hombre volvió a gritar cuando las garras de los címaros cayeron sobre él, hiriendo profundamente su carne. Sintió cómo desgarraban sus entrañas y cómo su grito se ahogó en su garganta al ser envuelto por raíces. El follaje se metió en su boca, en sus fosas nasales, en sus ojos, y ahí dejó de luchar para sentirse arrastrado hacia las entrañas de esa tierra maldita. Al rato, solamente el tenue resplandor de la agonizante hoguera, rompía la tranquilidad de esa oscura noche.

5

Era una bonita mañana. Aún había neblina en lo alto de la montaña, pero el camino estaba completamente despejado. El viejo Toyota resopló cuando Anselmo quitó la llave de contacto. La pareja veía con admiración el hermoso terreno que subía suavemente a la derecha del camino.

-¿Es éste?

-El mismito...

-¿Y no tiene dueño?

-No. La gente dice que está muy lejos, pero ya ustedes vieron que no nos demoramos mucho en llegar...

-Ay, mi amor, no sé. Me da como cosa. Es un terreno muy hermoso, pero está como lejos...- exclamó la mujer sin dejar de admirar el paisaje de cínanos que la rodeaba.

-Sí, mi reina... Pero, son cincuenta hectáreas y está muy barato... Si lo compramos, la semana que viene subo y me pongo a desmalezar esa entrada. Verás cómo queda de bonito...

Los esposos se abrazaron enamorados del cinaral. Los árboles movían sus ramas dándoles la bienvenida.

Mérida, Julio 2020

OTRA VEZ...

Era una tarde calurosa. A pesar de la brisa que a ratos refrescaba la sabana, se sentía el bochorno de la tarde. En la orilla del lago, parecía que hasta el suave oleaje estaba adormecido ante el sofoco. A lo lejos, una bandada de garzones se atrevió a alterar aquella tranquilidad pegajosa, pero al rato se ocultaron tras la colina, volviendo a la taciturna calma. Los puripuri, iniciaban su revoloteo en espera de las víctimas en las cuales saciar su sed de sangre. Por algo estos insectos minúsculos y fastidiosos son tan temidos en esas vastas soledades.

Cerca de las cinco, cuando comenzaba a declinar el sol en la Guayana venezolana y las aguas oscuras del lago reflejaban sus irisados rayos crepusculares, un repentino chapoteo alteró la quietud. Cada vez mayor, los remolinos de aquellas aguas oscuras evidenciaron que algo se estaba moviendo en las orillas del Guri. Ni un pájaro. Ni siquiera los sedientos puripuris se sentían por allí. Una figura tenebrosa, de oscuridad espeluznante comenzó a salir de las profundidades del lago. De vez en cuando salían de su ser, algunos rayos pequeños, como pequeñas descargas eléctricas, que producían en su pasar, aquel olor inconfundible del ozono quemado.

Poco a poco la criatura salió del agua. Se percibía refulgente su mirada, como buscando algo ansiosamente. Arrastrándose, avanzó sinuosamente hacia las rocas circundantes, las cuales subió con facilidad y siguió avanzando sigilosamente, pero con pasmosa velocidad, acercándose al patio de distribución. El misterioso y enorme saurio salido del lago seguía arrastrándose dejando tras de sí su estela de descargas que paralizaban el aire con su magnetismo. Unos osados puripuris se acercaron y quedaron pulverizados antes de poder revolotear a su alrededor.

Pasó a través del cercado como si fuera una frágil telaraña y alcanzó la primera torre. La escaló fácilmente, arriba, cada vez más arriba, hasta que llegó al cableado. Con voracidad increíble, abrió sus fauces, mordió los cables y comenzó a succionar cual rico néctar, la energía de alta tensión que salía de las entrañas de la planta. Sin saciar su golosa necesidad, se relamía de gusto mientras las descargas se hacían más y más fuertes. Levantó su cabeza, miró a lo largo del tendido de distribución y ya sin cuidado alguno, salió de su cuerpo una fuerte y cegadora luz azulada que de manera instantánea avanzó por el tendido hacia la distancia. Mientras el llamado del monstruo iba avanzando, comenzaron a salir de la sabana, de las lagunas, de los esteros, de los ríos, pequeños y numerosos remedos del saurio para subir en aterradoras bandadas por las torres de las líneas de distribución, para repetir la voraz orgía de hambre y sed por la energía.

¿Cuánto fue? Difícil decirlo con exactitud. Minutos, horas. La energía eléctrica desapareció en las entrañas de esos horribles bichos.

-¡Se la comieron! ¿Nadie las vio? ¿Y cómo? ¡Si es que se fue la luz!-, dirían los vigilantes, los encargados, repetirían los jefes de departamento, los gerentes, y hasta el propio ministro balbucearía torpemente. En medio de esa oscuridad pasmosa de todo el territorio a miles de kilómetros a la redonda, solamente y con asombrosa propiedad saldría el propio presidente a afirmar ante la incredulidad y sorpresa de sus oyentes: “Consumado es. Las iguanas cibernéticas atacaron otra vez”...

Mérida, 2019

D4

1

-Te digo que no, y mil veces no. Por algo se compró esta empresa a pesar de lo añosa y descuidada de su maquinaria.

-Pero, ingeniero, comprenda... Esta gente trabaja en la empresa desde hace mucho, y simplemente piden que se les garantice su estabilidad.

-¿“Garanticen” dices? Jajajajaja... Con que el musió Giuseppe sepa lo que estás diciendo, también te va a botar a ti. Mira, Emiro, si quieres seguir siendo el capataz de la empresa, tienes que adaptarte a las nuevas políticas... Llegamos aquí para convertir a esta constructora en una empresa de verdad...

-¿Y entonces qué les digo, patrón?

-Que al que no le guste, que agarre sus cachachás y se vaya pa'l carajo. Es más, vamos a inspeccionar la maquinaria...

El patio de máquinas exhibía a la maquinaria pesada propiedad de la constructora. Había varios camiones volteo, tres gandolas, un par de Jumbos, varias motoniveladoras, dos retroexcavadores, tres inmensos D8 y cuatro D6. Al final, una herrumbrosa D4. El monte crecía a su alrededor, y una de sus orugas estaba desarmada.

-¿Y este cacharro? ¿Funciona? ¿O por lo menos prende?

-Mire, ingeniero, el único que sabe prenderla es Anselmo, su operador. Está tan viejo como el mismo tractor. Siempre ha sido un trabajador honesto y cumplidor.

-¿Y desde cuándo está así sin orugas?

-Tiene varios meses parada. Estamos esperando que llegue el repuesto que el otro ingeniero me dijo que iba a traer. Eso fue en diciembre, y nada de nada.

-O sea, tenemos un operador que no está haciendo nada entonces. Y sigue cobrando sin trabajar. Ese es el primero que hay que botar pa'l coño...

-Ay, ingeniero, el viejo Anselmo prácticamente vive aquí desde hace unos cuarenta años...

-Eso no es problema mío, Emiro. Búscalo y dile que prenda el D4. Es más, búscame a todos los operadores y diles que a las tres viene el patrón Giuseppe a ver la maquinaria prendida y rodando... ¡Y ponte las pilas, porque si no serás tú el que pondrá las patas en la calle! ¡Recuérdalo!

2

A la hora convenida, los trabajadores de la constructora estaban reunidos en el patio. Los operadores intentaban prender los viejos motores, algunos con dificultad. Desde hacía varios años, no se renovaba la flota de tractores de la empresa.

El viejo Giuseppe observaba con el ceño fruncido el desempeño de las máquinas. Miró enojado al ingeniero, y le dijo:

-Pura chatarra... si vamos a hacer de esta constructora una empresa rentable, vamos a tener que sacar de aquí a la mayoría de esta escoria. Ya me garantizaron varios contratos desde el ministerio y la gobernación y no voy a hacer el ridículo con semejantes dinosaurios... ¡Mira el D4 ese! Cuando compré esta empresa quizás lo tenían escondido para que no lo viera. Ingeniero, quiero esa carcacha fuera del patio de máquinas. Que lo lleven al depósito de chatarra y ya veré a quién le vendo ese armatoste inservible...

El ingeniero y Emiro se acercaron hacia el final del patio, donde el viejo Anselmo sudaba intentando encender el D4. Como para saludar a los visitantes, de repente la máquina resopló con un fuerte quejido, y entre una gruesa humareda, por fin prendió.

Anselmo se separó del motor, orgulloso de haber logrado encenderlo. Sonriendo, acarició con cariño a la tapa del motor del Caterpillar.

-Gracias, amigo mío. Sabía que no me ibas a quedar mal...

-¡Anselmo! El ingeniero quiere ver el D4...

El viejo operador se separó unos metros y con voz apesadumbrada le contestó al capataz:

-Emiro, en cuarenta años con el D4 nadie sino yo es el que ha operado esta máquina. Tiene muchas mañas...

-Déjese de tonterías, Anselmo. Voy a inspeccionarlo, apártese...

Sin ni siquiera esperar que el operador se apartara del todo, el ingeniero se subió a la máquina. Anselmo miró a Emiro con ojos preocupados. El arcaico Caterpillar resopló y tras varios estertores, se apagó nuevamente. El ingeniero, molesto, anotaba los detalles de la cabina del tractor.

-Este cacharro es una verdadera porquería... Razón tiene don Giuseppe para sacarlo de aquí y llevarlo al basurero.

-¿Cómo? ¿Lo van a desincorporar?

-Pues, me temo que sí- le contestó Emiro.

-¡No pueden hacer eso! Es mi D4. Tiene más de cuarenta años trabajando para esta compañía conmigo. ¡No es justo!- protestó airadamente Anselmo.

-Mira, viejo, tú y tu roñosa máquina están despedidos... Hay nueva administración y no nos interesa tu afecto por esta chatarra... ¡Emiro! Que este operador recoja sus cosas y se largue. Acompáñalo hacia la salida. Que pase mañana por la oficina de personal para que le den su arreglo.

-Pero ingeniero...

-Recuerda lo que te dije, Emiro... A menos que quieras irte tú también. He dicho...

Los dos trabajadores caminaron cabizbajos fuera del patio. El joven y altanero ingeniero los miró alejarse con una sonrisa en sus labios.

-Dígame... ¡Ahora sí que nos jodimos!: un anciano inservible enamorado de una máquina inservible...

Cuando descendió del D4, una de las perneras de su pantalón se rasgó con un tornillo saliente, causándole incluso un feo rasguño en su pantorrilla.

-¡Coño de su madre, máquina de mierda! Me arruinó el pantalón...

Y maldiciendo se enfiló hacia la oficina. El viejo D4 se quedó allí, apagado, inmóvil, oxidado, herrumbroso.

3

Esa noche, el ingeniero seguía maldiciendo su suerte: el rasguño de su pantorrilla tenía un terrible aspecto. Cuando dejó caer el agua oxigenada y se aplicó el merthiolate, sus improprios subieron de volumen.

-Espero que no me arruine otro pantalón... ¡Cualquiera diría que el cacharro ese me hirió a propósito!... Jajajaja...

Montó en su jeep descapotable, y salió del área de la constructora. Aspiraba pasar por la casa de la hermosa Susana, sobrina de Giuseppe, para ir a cenar. Después quién sabe...

La sede de la constructora estaba alejada de la ciudad. Para llegar allí había que descender por un camino sinuoso, bordeado por un espeso bosque de pinos.

-¿A quién se le ocurriría establecer a la constructora en este monte? Voy a convencer a Giuseppe para mudarnos a un sitio más cercano y de más fácil acceso...

Ya era completamente de noche. El todoterreno avanzaba con velocidad por el empinado camino. El ingeniero iba distraído pensando en las delicias de Susana y que con seguridad disfrutaría por fin esa noche. Al tomar una de las cerradas curvas, las ruedas del jeep derraparon, y con pericia, el ingeniero logró enderezar el vehículo en la calzada. Al momento de derrapar, el celular del ingeniero cayó al piso, haciendo que éste mascullara nuevos improperios. Se agachó a recogerlo, mientras giraba en una nueva curva. Al incorporarse, las luces de su vehículo alumbraron a la vieja máquina que estaba parada en el medio del camino. Ni siquiera tuvo tiempo de frenar. El jeep se incrustó contra la herrumbrosa pala del D4. El ingeniero, que imprudentemente iba sin cinturón de seguridad, salió despedido hacia el parabrisas, atravesándolo para estrellarse contra la pared amarilla que tenía al frente. Ni siquiera tuvo tiempo para darse cuenta.

4

Anselmo había llegado a la empresa como todos los días. Como todos los días, se dirigió hacia el patio de maquinaria

y se acercó hasta su querido D4. Levantó la tapa del motor y comenzó a mover cables y revisar niveles. Al rato, se subió a la cabina y encendió el viejo tractor. El motor ronroneaba como nunca.

-Así, amigo mío...Jejejeje... Parece como si estuvieras contento... Nadie va a sacarnos de aquí. Ya lo verás.

Al rato, el capataz llegó hasta la máquina. Enfurruñado, increpó al operador:

-Anselmo... ¿Ya fuiste a la oficina de personal? ¿No fue lo que ordenó el ingeniero?

-Ya va, Emiro, ya va. Primero tenía que prender al D4...

-Apaga esa chatarra y ven conmigo...

El viejo Anselmo giró la lleva del contacto, y descendió de la cabina. Miró hacia el D4, y afectuosamente, acarició la pala. Ninguno se percató de la fea mancha de sangre que estaba salpicada en la misma, confundiendo con la herrumbre.

Cuando llegaron a la oficina, se enteraron de la terrible noticia: el ingeniero había chocado con algo y se había despeñado hacia la quebrada. Lo habían encontrado reciente, ya que en el camino no había ninguna señal del accidente.

-¡Qué terrible!- comentaban todos los trabajadores reunidos al frente de la oficina.

-¿Y ahora qué vamos a hacer? preguntó Anselmo al capataz.

-Pues, no sé... Me imagino que contratarán otro ingeniero...

-No, vale... ¿Qué vamos a hacer con lo que ordenó el ingeniero?

Emiro se rascó la cabeza, mirando hacia la oficina. Nadie sabía de la orden del ingeniero, solamente ellos.

-Anda a trabajar, Anselmo...- y se retiró hacia el interior del área administrativa a hablar con el propietario.

Anselmo hizo una mueca, y escupió un oscuro salivazo. Se regresó hacia el patio.

5

Giuseppe estaba muy contrariado. El ingeniero era su amigo y su hombre de confianza. No podía creer lo que había sucedido. La policía se había retirado tras interrogarlo. Antes de retirarse para asistir a la funeraria, miró hacia el patio de máquinas. Sus ojos se posaron en la herrumbrosa Caterpillar aparcada al final. El viejo constructor se llevó su mano a los ojos a modo de visera, y maldijo su mala suerte.

-¡Y todavía la chatarra esa está ahí!

6

Las semanas posteriores habían entrado en la rutina conocida. Habían contratado a un nuevo ingeniero, y se habían firmado los contratos de trabajo. La maquinaria de la compañía fue trasladada en gandolas hacia el sector donde repararían la autopista y harían la nueva carretera. Solamente Anselmo y su D4 continuaban en el patio de máquinas.

-Ya está... Vamos a ver qué tal quedó...- exclamó Anselmo admirando su trabajo. Había logrado empalmar a la oruga del D4 con un viejo repuesto. Se subió a la cabina y encendió el motor. Cuando movió la palanca de cambios para que el Caterpillar se moviera, el viejo tractor resopló y traqueteó, y finalmente comenzó a moverse.

-Eso, eso, querido amigo... Así se hace...

Dio una vuelta al patio de máquinas y orgulloso, detuvo al D4 al frente de la oficina de administración. Tanto el gerente de personal, como el administrador, salieron de sus cubículos para ver a qué se debía el ruido fuera de la oficina.

-Pues, mira. El viejo D4... Excelente, Anselmo. Don Giuseppe va a alegrarse de ver a la vieja Caterpillar moviéndose...

7

La siguiente semana el D4 fue trasladado hacia la montaña donde la constructora abría el camino. Anselmo estaba muy animado, ya que después de tanto tiempo, volvía a trabajar con el D4. El único problema era que en ese frente de trabajo, habían designado como capataz a Rómulo, trabajador que desde hacía tiempo le tenía ojeriza a Anselmo.

-Epa, viejo, ¿qué crees que estás haciendo? ¡Bájate ya de esa chatarra apestosa!

Anselmo descendió de la cabina muy contrariado. -¿Qué puede saber este mocoso de esta máquina?- se preguntó murmurando.

-Ya me tienes cansado con tus iniciativas, anciano. Voy a hablar con el jefe para que te despida. Estás haciendo todo lo contrario a lo que te indiqué... Deja la máquina ahí, yo moveré esas piedras.

-Ah, no, eso sí que no...- exclamó iracundo Anselmo.

-¿Qué no? Ya te voy a demostrar quién es el que manda aquí, vejete. ¡Quítate del medio!- y empujó a Anselmo, quien cayó en el piso.

-¡Abusador! ¿Te gusta empujar a los viejos?

-Jajajaja... Cállate, pendejo...

Rómulo subió a la cabina, y se sentó al volante.

-Qué mal olor hay aquí. Esta cabina es un desastre.
¡Hiede a muerto!

Comenzó a manipular las palancas, y el D4 comenzó a chirriar. El humo inundó la cabina.

-¡Chatarra apestosa e inmundada! ¡Vamos!

Anselmo miró con ojos lacrimosos el movimiento de su maquinaria. Ni siquiera había podido incorporarse.

El D4 empujó la masa de tierra y piedras que obstaculizaba el camino. Rómulo hacía crujir y estremecer al tractor con los cambios.

-¡Muévete, máquina de mierda!- y con una risa demencial continuaba manipulando las palancas de cambio. El D4 subió por el montón de tierra, y Anselmo y los otros operadores miraban aterrados cómo se balanceaba a lo alto del montículo.

-Baja de allí, Rómulo, tú no conoces esa maquinaria- gritó uno de los operadores. Anselmo miraba como hipnotizado aún desde el suelo, sin quererse levantar.

Rómulo estaba riendo a carcajadas cuando el D4 se ladeó volteándose aparatosamente, cayendo al camino desde lo alto después de dar varias vueltas. Los trabajadores corrieron a ayudar, pero no había nada que hacer: los despojos aplastados del capataz estaban en medio de un charco de sangre que impregnó toda la cabina. Todos se quedaron horrorizados sin decir nada. Solamente Anselmo sonreía al ver el charco de sangre que manaba desde la cabina.

8

-Me llevan a esa chatarra del demonio para el depósito.
¡Está definitivamente desincorporada!

-Pero, patrón... La máquina no tuvo la culpa.

-No me interesa. Ese armatoste del carajo está inservible...
¡Es una orden!

Esa mañana, cuando bajaron a la máquina en el depósito de chatarras, Anselmo lloraba como un niño. Aún estaba impregnada la cabina de restos de sangre y huesos, ya que después de la inspección policial nadie había querido montarse en ella. Anselmo limpiaba amorosamente la aplastada cabina. Sus lágrimas caían al piso del D4, mientras balbuceaba con pesar.

-Anselmo... Ven un momento- exclamó Emiro. Miraba espantado al viejo operador mientras lloraba limpiando el desastre en la cabina.

-Te llaman en la oficina de personal, amigo. Deja eso así.

Una hora más tarde, Anselmo abandonaba las instalaciones de la empresa. Había sido despedido. No le dieron ni gracias, ni disculpas. Para ellos, él era el responsable de lo sucedido.

9

Giuseppe degustaba la taza de café a la que había agregado un buen chorro de whisky. Estaba muy contrariado por las cosas que habían sucedido, tanto con el ingeniero como con el capataz de la obra. Lo único que le tranquilizaba era que el dinero seguía fluyendo desde el ministerio, e incluso, de la gobernación. Si no

había más accidentes, el camino estaría abierto en dos semanas. Y el bacheo y reasfaltado de la autopista iba viento en popa.

-Eso me pasa por comprar esa porquería de chatarra inservible... Con las ganancias de estas obras, voy a comprar un lote nuevo de máquinas... ¿Pero qué carajo es eso?

La oficina de la empresa, construida con material liviano en un extremo del patio de maquinaria, se estremecía como movida por un fuerte temblor. El propietario se levantó tras derramarse encima el resto de su taza de café, maldiciendo mientras salía fuera de su oficina. Al abrir la puerta principal, miró aterrado lo que estaba sucediendo: el D4 desplazaba el edificio desde las bases. La escalera de madera cedió con un fuerte ruido cuando la oruga del Caterpillar se montó sobre ella. Giuseppe aterrado, miró con ojos desorbitados y gritó con fuerza: -¡Seguridad! ¡Detengan a esa máquina!

El D4 se detuvo a pocos metros del propietario de la constructora. Giuseppe, presa del terror, intentaba mirar hacia el interior de la cabina a ver si lograba distinguir el operador.

-Anselmo... ¿Eres tú?

Por respuesta, el D4 comenzó a avanzar lentamente, terminando de destruir la escalera. La frágil construcción se estremeció, y Giuseppe cayó al piso, gritando lleno de terror. Lo último que pudo ver fue la herrumbrosa pala demoliendo la pared antes de que las orugas lo aplastaran. La edificación cedió por completo, y cayó con un gran estruendo.

10

Anselmo limpiaba con ahínco la carrocería del D4. Casi no tenía ya herrumbre. Era como si le acabaran de haber hecho un buen trabajo en el taller de pintura.

-Tranquilo, amigo mío. Pronto voy a sacarte de este depósito y juntos volveremos a trabajar como siempre. Más nadie volverá a meterse con nosotros.

Mérida, Julio 26 2020

ALAS

1

No sabía por dónde empezar. Era demasiado el sucio acumulado y especialmente, la repugnante muestra de excremento sobre los muebles, la cocina, las repisas, las paredes. Parecía que los murciélagos se hubieran ensañado contra la casa. Habían pasado más de seis meses desde la última vez que visitara la cabaña, ubicada en un espléndido paraje de las montañas andinas.

-Coño. Estos bichos alados dejaron la casa como el propio baño de carretera... ¡Qué asco! - exclamó con verdadera aversión la mujer mientras barría el polvo acumulado en el piso.

-No puede uno dejar de venir unos días porque esto se convierte en un inmundito polvero... ¡Y yo que pensaba pasar esta semana de cuarentena aquí tranquila descansando! - murmuraba molesta mientras seguía sacando sucio debajo de los muebles.

Toda la mañana la dedicó a limpiar el polvo. Primero barrió, luego pasó a conciencia la aspiradora. Tras varias bolsas de basura acumulada, miró las asquerosas manchas de las paredes, y la gran cantidad de excremento encima de sus cosas. Buscó un pote con agua y jabón, y se colocó unos guantes que encontró en una esquina de la última repisa. Estaban ruñidos y muy sucios, pero venció la repulsión de ponérselos mirando con asco el excremento que debía limpiar.

-Ni modo. Esta porquería hay que limpiarla...- se dijo, e inició la nauseabunda tarea de eliminar los deshechos de los animalejos.

Primero limpió la cocina y los anaqueles. El excremento estaba realmente pegado y tuvo que darse con fuerza para eliminarlo. Ya al final de la tarde, inició la repulsiva tarea en la sala de estar. Las manchas de la tapicería de los muebles las dejaría para después, se dijo. Cuando las sombras llegaron, se dio cuenta que ni siquiera había comido, entregada a la tarea de limpiar la cabaña.

Contrariada, se lavó las manos con abundante jabón, haciendo una mueca de asco, y se dispuso a hacer algo de comer. En la casa no había gas, por lo que aprovechó una leña seca que tenía amontonada al lado de la sala de lavar. Se preparó unas arepas con huevo, y se hizo una taza de chocolate caliente. Le encantaba el chocolate, más al estar en el frío ambiente de la solitaria cabaña. Mirando satisfecha lo que había avanzado en la limpieza del día, decidió dejar la tarea para el siguiente día. Se arrellanó en su sofá preferido y se cubrió con una cobija de lana que usaba siempre que iba a su cabaña. Con la taza humeante de chocolate, se dispuso a disfrutar de la lectura de una novela de su autor favorito. Su biblioteca estaba llena de sus obras.

Cuando comenzó a leer, se fue la luz. Maldiciendo, se levantó contrariada a buscar su lámpara de querosén que tenía dispuesta para esos casos. En esa zona, las fallas del servicio eléctrico eran una constante. Volvió a sentarse, y tras tomar un sorbo del aún caliente chocolate, reinició su lectura. Al rato, un ruido semejante a susurros la sacaron de su concentración.

-¿Y ahora qué?- se dijo en voz alta para ahuyentar su propio miedo.

Los susurros iban in crescendo, desde la cocina hasta el salón posterior. Asustada intentó divisar algo a través de la penumbra. La luz de la lámpara apenas abarcaba parte de la sala de estar donde estaba sentada. Se incorporó en su sofá y dejó la novela sobre la mesa. Miró a su alrededor

tratando de identificar el ruido. Ya no era solamente un susurro, era un ruido que a ratos se volvía ensordecedor. Con el corazón retumbando en su pecho, se levantó y tomó la lámpara.

-¿Hay alguien allí?- preguntó en alta voz. Se atrevió a dar unos pasos y se detuvo. El ruido ahora se dirigía hacia donde ella se encontraba. Primero sintió un roce, lo que hizo que diera un fuerte respingo. Al instante sintió como las alas de los murciélagos rozaban su cabeza, por lo que gritó aterrorizada y dejó caer la lámpara, que se apagó al caer al suelo. Gritando a viva voz, sentía el horror de estar siendo acosada por los bichos alados, sus alas, los susurros, todo, y salió corriendo de la casa a la oscuridad de la noche. En el patio del frente, en plena penumbra, se pasaba las manos por la cabeza y sus brazos frenéticamente, sintiendo la terrible necesidad de quitarse el repulsivo tacto de las alas de encima. Al poco rato dejó de gritar y se sentó en la grama llorando de pánico. Puso su cara en sus rodillas y abrazó fuertemente sus piernas, mientras su cuerpo temblaba sin parar.

No supo cuánto tiempo estuvo allí afuera, temblando por el frío y por el miedo. Cuando regresó la luz, ya era más de medianoche. Se levantó aún asustada y regresó al interior de la cabaña. Recogió la desarmada lámpara y maldijo al ver que el querosén se había derramado completamente, impregnando la alfombra de la sala de estar. Al rato se puso a reír de su miedo, logrando que su corazón dejara de cabalgar desaforado en su pecho.

Prendió todas las luces de la cabaña y agarró un bate de beisbol que su marido había dejado allí olvidado. Desde que se habían separado, ella no había querido tocar sus cosas, reprimiéndose de no reunir todos sus bártulos y encender una gran hoguera en el patio. Con

el bate en el hombro caminaba temerosa, esperando encontrar a algunos de los bichos alados en cualquier esquina de la casa.

-Bueno, pero si aparece una rata voladora de esas, ¿qué es lo que voy a hacer? ¿batearla de jonrón? - se rió de su ocurrencia. En tantos años nunca había aprendido a jugar beisbol, menos a batear. Ni siquiera entendía el juego y no le gustaba para nada. Nunca había entendido cómo semejante deporte pudiera tener a tantos furibundos fanáticos. Para ella era mucho mejor el fútbol. Por lo menos lo entendía.

-Y ahora quiero convertirme en un jonronero. ¿Cómo es que se llama el tipo ese? El grandote, el que me gusta... Ajá, Miguel Cabrera... Ahora seré la Cabrera de los murciélagos. Ajajajaja...- rió con una carcajada frenética.

Se acostó en su cama después de cambiar la lencería: las sábanas y el cubrecama estaban manchados de murciélago.

-¿Pero es que estos bichos tienen diarrea o qué?- a lo que siguió una nueva carcajada llena de aversión. Al cerrar los ojos, agarraba aún con fuerza el bate. Se quedó dormida de inmediato.

2

-¿Aló? ¿Arturo? ¿Me escuchas?

-Ah, hola... ¿Qué quieres?

-¿Por dónde estás?

-¿Y ahora tengo que darte explicaciones por dónde ando? Creí que habíamos hablado claro...

-No te llamé para pelear contigo... ¿Es para ver cuándo puedes venir a la cabaña?

-¿Y eso?

- Es que necesito que me ayudes con algo...
- ¿Y ahora qué? Estoy muy ocupado...
- Murciélagos, Arturo. Los bichos invadieron la casa. Ayer me atacaron...
- Verga, mujer, tú siempre tan dramática...
- Es en serio. Estoy muy asustada. Necesito que vengas...
- Bueno, deja la exageración. Cuando pueda, subo. Y te dejo. Estoy en medio de algo...
- Discúlpame. No quiero incomodarte...
- Clic.

3

Ese día después de hablar con su marido, la mujer continuó la limpieza. Al recoger la lámpara, la revisó y miró con enfado la abolladura que tenía en la base. Volvió a rellenarla de querosén y probó si funcionaba. Al ver la flama, se sonrió. Por si acaso, tenía el bate cerca. Ya a mediodía estaba lavando la porquería de los bichos de las paredes. Subida a un taburete, restregaba las paredes con cepillo y jabón. Cuando ya estaba finalizando en una de las áreas, sintió cómo uno de los animalejos salió de un rincón y pasó batiendo sus alas a su lado. Gritó y cayó al suelo en medio de un fuerte estruendo. Se quedó allí con los ojos cerrados y llorando, mientras se sobaba la pierna donde se había golpeado. Se incorporó a poco, adolorida y se miró el fuerte raspón que se había hecho en el muslo. La pierna comenzaba a inflamarse, y con suma dificultad se levantó, apoyándose en la pared.

Estuvo un largo rato llorando de dolor y del susto. Cojeando, fue hasta su dormitorio y buscó en la gaveta una tableta de ibuprofeno para el dolor. Limpió el rasguño con agua oxigenada haciendo una mueca de dolor.

-¡Malditos bichos! Voy a exterminarlos...

Buscó en el salón varios discos compactos, de los muchos que allí tenía. En su mayoría estaban rayados e inservibles. Había escuchado que los murciélagos huían de los reflejos de luz en los discos compactos, así que se dio a la tarea de guindar muchos por todas partes. Al final de la tarde, la cabaña parecía un remedo de decoración de una discoteca barata. Buscó en la cocina una ristra de ajos que guardaba en la nevera, e igualmente guindó dientes de ajo por varios sitios de la casa.

-Vamos a ver ahora, alimañas repugnantes... Aunque no sé si el ajo es para los murciélagos o para los vampiros... Bueno, son familia. Jejejeje...- exclamó desvariando. Ya al oscurecer había retornado el fluido eléctrico que habían interrumpido desde la mañana.

-Voy a tener que hacer el sacrificio y comprarme una plantica eléctrica. Le diré a Arturo que la traiga. Total, esta casa también es de él- se dijo mientras comía un pan con jamón, su primera comida del día. Aún le escocía el rasguño y cojeaba por el dolor al afincar el pie. Tenía amoratado el muslo y una buena hinchazón.

Después de comer buscó una lata grande de insecticida para tenerla a mano, y agarró también un atomizador vacío y lo llenó de gasoil y querosén. No estaba dispuesta a permitir que volvieran a asustarla. Por si acaso, tampoco apagó las luces. Eran apenas las ocho de la noche cuando se durmió en su alcoba, rendida de cansancio.

4

Al incorporarse en la mañana, pegó un grito de dolor. La pierna estaba bastante inflamada y agarrotada. Caminó saltando

en el otro pié hasta el baño, y se revisó la herida. Aparte de la inflamación y el morado del muslo, no creía que tuviera algún daño mayor. Se metió en la ducha, y disfrutó el agua fría que caía sobre su cuerpo. Más animada, se vistió y salió de su dormitorio. Todo parecía estar en orden.

Aprovechó que no habían suspendido el servicio eléctrico todavía, y llevó la lencería sucia hasta la lavadora. No había señal de los bichos. La mañana la pasó trasteando, animada por no haber encontrado señales de los animales. Se preparó un buen almuerzo caliente, por primera vez en días, y disfrutó la soledad de la fresca tarde. Al llegar la noche, nuevamente la cabaña estaba sin luz. Buscó la lámpara y la encendió, igualmente encendió varias velas y tenía a mano una linterna que había encontrado en una de las gavetas del seibó del comedor. Tomó la lata de insecticida y el atomizador y los colocó en la mesa de la sala, al lado del bate. Estaba lista para esperar a sus nuevos mejores amigos.

Los susurros de las alas comenzaron nuevamente. A pesar de que pretendía estar tranquila, su corazón latía con fuerza. Asustada, miró cómo los discos compactos refulgían al reflejar la luz de la lámpara y las velas. Aterrada, comenzó a ver las sombras de los bichos volando. Pegó un grito y agarró la lámpara, la linterna, la lata y el atomizador, se puso el bate bajo el brazo y saltando subió las escaleras hacia su alcoba. El susto había hecho que se le olvidara el dolor de la pierna. Trancó su habitación con un fuerte portazo, y con la linterna buscó por todas partes a algún bicho que se hubiera colado. Cerró bien las ventanas y corrió las cortinas. Ya más calmada, se sentó en la cama, esperando que se normalizara el latido de su corazón. Cuando ya estaba casi dormida, el golpeteo en la puerta y las ventanas era insoportable. Uno de

los vidrios sonó al romperse, lo que hizo que profririera un fuerte grito. Agarró el bate. Luego lo soltó, y agarró la lata de insecticida.

-Cálmate, Marina... Si un bicho de esos se mete aquí le echas baygón en los ojos...- y se rió como loca de ese absurdo comentario.

El ruido de los aleteos y los golpes en la puerta y las ventanas, ya era ensordecedor. Nada de los susurros. Era como si los murciélagos quisieran entrar a como diera lugar al dormitorio y buscar a su moradora. Ya para la medianoche, la mujer se estremecía en la cama, balanceándose agarrada de sus piernas, templando de miedo y llorando. Se tapó los oídos con sus manos y gritó con fuerza:

-¡Váyanse! ¡No los quiero en mi casa!

El estruendo de golpes y aleteo continuaba sin parar. Ella estaba segura que todas las luces de la casa estaban encendidas, por lo que no podía explicarse cómo estaban los animales en su casa. Se levantó y cojeando se acercó hasta la puerta. Apoyó su cabeza contra la madera y gritó con todas sus fuerzas:

-¡Cállense!

Como si le hubiesen escuchado, el ruido cesó de repente. La mujer esperó varios minutos y posó su oreja sobre la puerta. Nada. Ningún ruido. Decidió esperar un rato. El reloj digital señalaba las 2 de la madrugada. Varios minutos después, con el bate en la mano, abrió lentamente la puerta. Lo que vio afuera la paralizó. Ni siquiera el grito que pugnaba por salir de su garganta pudo materializarse: el pasillo que daba hacia su habitación estaba atestado de murciélagos. En el suelo, en las paredes, en el techo. Hasta las lámparas estaban tapadas por enormes bichos alados. Cientos de ojillos la miraban. Con rabia, con curiosidad,

con burla. No podía asegurarlo. El bate resbaló de sus manos y cayó con un gran estruendo. La bulla la sobresaltó, y miró aterrada cómo los bichejos comenzaban a batir nuevamente sus alas. Por fin gritó, y al intentar cerrar la puerta, comenzó a forcejear para lograrlo: una gran fuerza contraria intentaba abrir la puerta para ingresar a la habitación. La mujer gritó y apoyó todo su cuerpo para vencer la resistencia de los cientos de bichos que querían entrar. Cuando al fin sonó el portazo, la mujer se escurrió hasta el suelo, apoyándose en la puerta con su espalda y comenzó a llorar desconsolada. Estaba aterrada. Rato después el ruido cesó nuevamente. Y la mujer se quedó profundamente dormida así apoyada en la puerta.

5

Cuando la luz del sol se filtró a través de las cortinas, despertó. Estaba adolorida y un fuerte calambre en la pierna lastimada la hizo estremecerse. Pudo vencer el agarrotamiento de sus extremidades, y se arrastró hasta la cama, logrando levantarse lentamente ayudándose con la misma. Miró a todos lados, y con una mueca de dolor se dirigió al baño. Al mirar su rostro en el espejo, se sobresaltó: estaba pálida y con profundas ojeras.

-Tiene que haber sido una pesadilla. No es posible que tantos bichos de esos estuvieran allí. ¡Y con la luz encendida!

Después de asearse, y convencida que todo había sido una terrible pesadilla, se cambió de ropa decidida a salir del dormitorio. Cuando abrió la puerta, el horror volvió a zambullirse con fuerza en lo profundo de su ser: los murciélagos estaban allí. Había aún más que en la noche. Todos la miraban con sus repugnantes ojillos e incluso pudo ver aterrorizada como

algunos de los más grandes abrían sus bocas mostrando la fila de agudos dientes como en una grotesca sonrisa. Cerró la puerta dando nuevamente un fuerte portazo.

-¡Váyanse! ¡Fuera de mi casa!- gritó como una energúmena. Volvió a su cama y se acostó en posición fetal, meciéndose para intentar calmarse. En ese momento se reanudaron los golpes en la puerta, en la ventana, en el techo. La mujer gritaba de terror, mientras sentía que el horror alado la rodeaba por todas partes. Al rato, el ruido comenzó a disminuir, y horas después solamente lograba escuchar el susurro de las alas. Ya al final de la tarde de ese día horrendo, se atrevió a abrir nuevamente la puerta. No había nada. Ningún animal a la vista. Se recostó a la pared y rió histérica. Miró al bate en el suelo, la lata de insecticida y el atomizador con gasoil en la mesita de noche, y sus risas aumentaron.

-Ustedes son unas armas inservibles para una guerrera más inútil todavía- exclamó en alta voz. Ahí se percató que no estaba su teléfono celular. Lo había dejado en la sala o la cocina. Agarró el bate y sigilosamente caminó despacio en búsqueda de su teléfono. Ya en la planta baja, se sonrió al no ver nada que la inquietara más de lo que estaba, y tomó su móvil. Con una sonrisa marcó el número de Arturo, y maldijo al ver que no había señal en su teléfono. Intentó nuevamente, y nada. Cuando decidió regresar a su habitación, volvió a paralizarse de pánico: los bichos estaban allí. Todos. En el pasillo, en la cocina, en las paredes, en el techo. Y la miraban.

Profirió un grito espeluznante y comenzó a correr hacia su dormitorio. Los murciélagos se abalanzaron sobre ella, golpeándola con sus alas, hincando sus afilados dientes en su cuerpo. La mujer siguió gritando, pero no se detuvo, hasta que llegó a la parte alta de la escalera y cayó al suelo vencida por el ataque de los bichos. El teléfono móvil se escapó de sus manos

y miró entre el cúmulo de alas, garras y dientes que cubrían su cuerpo, cómo se destrozaba contra el suelo de la planta baja. Recordó que aún tenía el bate en sus manos y comenzó a moverlo con furia. No supo a cuántos animales golpeó, ni cuántos la mordieron y la arañaron. Pudo arrastrarse mientras lanzaba batazos y como pudo entró a la habitación. Varios bichos habían logrado entrar a la misma y los atacó con el bate, luego agarró la lata de insecticida y el atomizador, y cual pistolero del lejano oeste lanzaba las sustancias contra las aterradoras criaturas. Dos, tres, cinco, contó al verlas caer al suelo estremeciéndose. Tomó el bate y comenzó a golpearlas con furia, desparramando su sangre y entrañas por todo el suelo. Adolorida y fatigada se miró las manos y sus brazos. Múltiples rasguños y heridas hacía que en sus extremidades tuvieran una especie de telaraña de hilillos de sangre. Se sentó en el suelo y comenzó a reír, para luego dar paso a un llanto desconsolado. Al poco rato el ruido regresó. Escuchó cómo una de las ventanas del baño cedía al quebrarse sus cristales. Como pudo se incorporó y dando saltos cerró la puerta del baño. Ahora el ruido y los golpes estaban más cerca. Las puertas, del dormitorio y del baño, se estremecían de los golpes. La mujer se arrodilló tapándose sus oídos y gritó antes de desvanecerse:

-¡Basta! ¡Déjenme tranquila!

6

Arturo miraba apesadumbrado a la ambulancia alejarse. Se sentía impotente. Había encontrado a su mujer casi sin ropa, llena de arañazos y pequeñas heridas, con la sangre ya seca, y lo peor, lo que más le inquietó, con su cabellera completamente blanca. Uno de los vecinos se le acercó y preguntó qué había sucedido.

-En verdad no lo sé. Me vine hasta acá porque tenía más de tres días llamándola y no me respondió en ningún momento. El paramédico me dijo que posiblemente había sufrido un shock por las múltiples heridas que tiene en su cuerpo. Debe habérselas hecho con un vidrio tras romperse la ventana del baño... creo que se volvió completamente loca...

Desde lo alto del techo, en la buhardilla, cientos de ojos lo miraban. El susurro de las alas comenzó nuevamente. Hasta varias filas de dientes se mostraron tras abrir sus fauces en grotescas sonrisas de burla.

Mérida, Julio 27 2020

LA LOCA

1

16 de febrero de 2020

Querido primo:

Te escribo estas líneas desde Piñango, en la vega de la familia, que por fin estoy trabajando. No sé si era la falta de actividad en el campo, pero me harté de la ciudad, mucho más en esta situación tan caótica que atravesamos. No sé si las palabras del tío fueron proféticas, pero en verdad tanto estudio en la universidad para igual morirme de hambre allá en la ciudad. Eso era antes que un licenciado era alguien, primo, ahora da igual tener o no un diploma para terminar vendiendo hortalizas piches en una calle. Preferí regresarme para acá. Te he contado varias veces acerca del mal que me aqueja. No he tenido dinero para hacerme ver esos dolores de cabeza terribles que me atacan casi todas las noches y que no me dejan dormir. Siento como que unas garras se enterraran en mi cabeza, para hurgar muy adentro buscando no sé qué cosa. Solamente se me alivia recordando cosas bonitas de nuestra infancia. ¿Te acuerdas? Fueron tiempos muy felices, primo, a pesar del hambre que pasábamos. Especialmente cuando nos íbamos en las tardes, cuando teníamos clases en la escuelita, o desde la mañanita, desde la casa del tío allá en Apartaderos para recitarles a los turistas el poema de Andrés Bello al lado del monumento a la loca. ¿Cómo es que empieza? Ajá, ya me acordé:

“De Chachopo a Apartadero caminas, Luz Caraballo,
con violeticas de mayo, con carneritos de enero...”

Seguro que no te acordabas. ¡Pero es que nunca te lo aprendiste bien! Y cómo se reían los turistas cuando te tocaba a ti tu parte y decías aquel galimatías que nadie entendía y yo tenía que rescatarte. ¡Qué felices éramos, primo! Cada vez que lo recuerdo, o que me pongo a recitarlo, las campanadas que resuenan en mis sienes comienzan a remitir, Gabriel, y solamente así es que logro dormir un poco. Vamos a ver si con el cansancio de trabajar la tierra, se van definitivamente esos dolores.

Cuídate mucho, primo. Cuando puedas, vente para Piñango que aquí te tengo una escardilla para que me ayudes. Jajajajaja... No, en serio, ven. Ven con tu esposa y los primitos, que me agradecerá mucho verlos de nuevo.

Un gran abrazo, primo querido. Cuídate mucho, que el mal anda por allá afuera.

Con afecto,

Miguel Ángel

2

28 de marzo de 2020

Querido primo:

Hace más de un mes que me vine para la vega, y en verdad que ha sido maravilloso. Lo único malo es esta situación que ha sobrevenido con ese virus que según lo poco que leo (recuerda que aquí no hay buena señal) parece que es terrible. Aquí en el pueblo, es muy poco lo que se habla de eso, y es bastante extraño ver a la gente que sale hacia Timotes o hacia el Águila, ponerse tapabocas. ¡Parecen asaltantes de diligencias! ¿Recuerdas las películas de vaqueros que veíamos en la casa del tío Pancho los domingos? Era el único televisor del pueblo, y así en blanco y negro galopaban nuestros sueños por ese mítico lejano oeste. ¡Qué tiempos, primo!

Te comento que me ha caído muy bien el trabajo con la papa. Ya sembré las tres hectáreas de la vega, y como tengo bastante agua, aspiro que se dé muy bien. Los dolores de cabeza han disminuido un poco. Sigo aplicándome la terapia de la Loca, Jajajaja, imagina que hasta nombre le puse ya.

Bueno, mi querido Gabriel, te dejo. Estoy aprovechando que Anselmo va para Chachopo para que lleve esta carta para que te la hagan llegar. Cuídate mucho. Se te quiere y recuerda.

Miguel A.

3

25 demayo de 2020

Estimado Gabriel

¡Más de dos meses sin escribir! Me apena el no haberlo hecho, y el recibir noticias tuyas ayer me motivaron a hacerlo de nuevo. Discúlpame esa, primo, pero he estado demasiado ocupado con la siembra. Ya casi ni voy al pueblo, todo el mundo ahora anda con sus tapabocas y ya no me parece tan gracioso. A mis dolores de cabeza, ahora se han sumado mis temores por contagiarme de la pandemia. ¡Dios nos libre, primo! Cuida mucho a tu familia, y no salgas si no es necesario, como bien lo sabes. Allá en la ciudad la tentación de salir de casa es mayor que aquí en el campo, lógico: aquí no hay nada qué hacer en las noches.

De unos días para acá, los dolores se han acentuado. ¿Será que tengo un tumor o algo así? En el ambulatorio, el médico no tiene idea de eso. Sigo recitando el poema que nunca te aprendiste. Lo único es que ojalá que si existe en verdad el espectro de la loca, no venga a visitarme

de tanto que la he nombrado. ¡Cuánta falta me hacen mis libros! Dejé todo eso allá en la capital. En el camión apenas me traje lo necesario. Y ahora me arrepiento de no habérmelos traído.

Cuídate, primo. Especialmente del bicho ese que está por todas partes. Dámeles la bendición a los primitos.

Con afecto,

Miguel Ángel

4

10 de junio

Gabriel:

Te escribo lleno de miedo. No sé qué me pasa. ¡Imagínate que extraño mis dolores de cabeza! Ahora no puedo dormir escuchando esos alaridos y susurros que me hielan la sangre. Sé que es una locura, pero se me metió en la cabeza que la loca está aquí, primo, y quiere venir por mí. Dice el poema que los ventisqueros, los fríos y los ajetreos le pusieron feos los deditos de sus manos. ¡Pura paja, primo! Andrés Eloy Blanco no la vio, como yo creo haberlo hecho. En la penumbra, primo, se cuela su sombra por la ventana y allí están sus terribles manos: ¡Son garras, Gabriel, garras afiladas como garfios! Y siento como rajuña la pared, haciendo un ruido terrible que no puedo alejar de mi cabeza. No quiero hablarlo con nadie, porque van a decir que el único loco soy yo. Ven, primo, ven pronto. Y esta soledad y no poder salir de aquí me tiene trastornado. Por favor, ven, te estoy esperando.

Miguel

5

21 de junio

Querido Gabriel:

Ya es insoportable lo que estoy viviendo. Ya ni siquiera el trabajo en la tierra logra fatigarme para conciliar el sueño. Ya no es tan solo la percepción de sus garras en las sombras, no. ¡La vi, primo! Tuve que salir esa terrible noche, no podía dormir escuchando sus susurros y gemidos, y salí con mi peinilla para ver si era otra cosa. ¡Y ahí estaba, primo! Me vio con sus ojos de candela y pegó un alarido que me paralizó por completo. Quería huir, Gabriel, quería correr hasta el pueblo, pero las piernas no me respondieron. Simplemente me quedé allí, temblando, mientras la loca buscaba a sus hijos y sus carneros. ¡Qué cosas digo! ¡No sé qué busca el espectro ese! Cuando pude dejar de estremecerme de pánico, comencé a rezar en voz alta y le dije casi a gritos que me dejara tranquilo, que yo no era el hombre a caballo, ni era su marido, ni ninguno de sus hijos. Que regresara por el camino de los frailejones a contar los luceros o cualquier otra vaina que quisiera, pero que me dejara tranquilo.

Un buen rato estuvo allí mirándome, sentía su respiración, su aliento podrido, y al rato rió con una carcajada escalofriante, primo. Y ahí, se desapareció. Solamente quedó el viento helado agitando la siembra. Espero que me creas, primo. Quiero que me creas. No estoy loco, Gabriel. Por lo que más quieras, ven a verme.

Miguel Ángel

6

12 de julio

Querido Gabriel.

Te escribo desde Chachopo. Ni siquiera sé cómo llegué aquí, ni cuánto tiempo estuve inconsciente. Solamente sé lo que me han dicho aquí. Voy a intentar relatarte lo que recuerdo.

Tuve que salir de Piñango, ya no tenía insumos porque se me acabó el veneno y el nitrógeno que tenía que echarle a la siembra. Me dijeron que Juan Pablo, allá en el Águila lo tenía a mejor precio que en Timotes, así que agarré mi camión y me vine, a pesar de que me dijeron que no había gasolina ni en Mucuchíes, y que estábamos en cuarentena por la pandemia, pero igual me vine. Los últimos días había podido dormir sin mayores sobresaltos: ni ruidos, ni espectros ni dolor. Sabes cómo es este camino de Piñango al Águila. En una de esas curvas, el camión se ahogó y se me apagó. No hubo forma ni manera de prenderlo otra vez. Nadie pasó por esa soledad. Solamente el viento y el frío, primo. Creo que esa noche debe haber nevado. Sabes que no soy friolento, pero igual me puse mi vieja ruana. Algo me decía que iba a pasar la noche al lado de ese barranco. Desistí de revisar el motor, no tenía ni una linterna, a pesar de que siempre traigo conmigo mis herramientas. Pero esa noche nada. ¡Qué cabeza la mía, primo!

Ya completamente a oscuras, se me terminó el chimó. Ni un cigarrito para calentarme. Las sienes me retumbaban amenazando con desbordarse mi terrible migraña. Y comencé a recitar nuevamente, primo. La loca Luz Caraballo como que seapoderó de mi pensamiento.

“...y entre golpes y traspies, se te van poniendo viejos, los deditos de los pies... y cuando pide tu ahínco frailejón para olvidarte, la angustia se te reparte: uno, dos, tres, cuatro, cinco...” ¡Y ahí estaba, primo! ¡Como que estaba esperando que la invocara! Estaba al lado del barranco, a menos de tres metros del camión. Su rostro descarnado, sus ojos amarillos, su terrible boca sonriéndome... Y comenzó a arañar con su garfio la latonería del camión. Ni siquiera me he atrevido a ir a ver el camión que debe tener terribles rayones... Deslizaba su garra haciendo rechinar la lata, y oía claramente sus pasos, arrastrándose entre las piedras del camino. De su garganta salían alaridos y carcajadas mientras me veía con sus horrendos ojos, primo. Grité todo lo fuerte que pude y comencé a rezar para alejarla. Me metí debajo del tablero, como un carajito asustado. ¡Estaba aterrado, Gabriel! Y estaba seguro que esa cosa iba a por mí. Que quería agarrarme, atravesarme con sus garras, sacar mis entrañas, mientras reía con sus espantosas y grotescas carcajadas. No sé cuánto tiempo fue eso, primo, sólo sé que mis gritos no se oían más fuertes que sus burlas, sus alaridos, sus risotadas. Me supongo que me desmayé, primo. Lo próximo que recuerdo es que desperté ayer aquí en esta casa. No puedo dejar de temblar, Gabriel, no puedo ni siquiera verme en el espejo. Temo hasta de mi sombra. Todos me ven raro, y escucho sus cuchicheos diciendo: se volvió loco Miguel Ángel. Pobrecito...

No estoy loco, primo. Sé lo que vi, lo que sentí. Ahora más que nunca necesito que vengas a verme, Gabriel. Sácame de aquí.

Miguel A.

7

28 de julio de 2020

Querido primo:

Hola, Gabriel, espero que estés muy bien. Yo aquí totalmente recuperado. Ya no tiemblo al recordar, ya no me duele la cabeza. ¿Sería en verdad una pesadilla? Hace unos días me atreví a asomarme y revisar el camión que trajeron remolcado desde el sitio ese. Según, es que me quedé sin gasolina. No lo creo, tenía más de un cuarto de tanque cuando salí de Piñango. Y cuando les enseñé los arañazos en la puerta y el capó del camión, me dijeron que seguramente habían sido ramas del camino. Ahora prefiero no pensar en eso, y aceptar lo que me dicen. Es mejor que seguir escuchando que me volví loco de remate. ¿Te imaginas?

Ven, querido primo, ven que necesito de tu compañía y tu consejo.

Con afecto,

Miguel

8

02 de agosto de 2020

Querido Gabriel:

Me llegó tu mensaje de que no ibas a poder venir hasta que se pudiera viajar. Lo entiendo. Estoy bien recuperado. Ayer conseguí gasolina y prendió el camión sin problemas. Tengo que regresar a Piñango para ver qué logro salvar de la siembra de papas. Voy a irme hoy mismo. Anoche escuché nuevamente pasos. Y comencé a contarlos: ...seis, siete, ocho, nueve, diez... Y me pareció sentir el chirrido del garfio en la pared. Antes de

que volviera el pánico, comencé a rezar, me cubrí con la cobija y me dormí. Prefiero irme, por si acaso, la loca esa viene por mí de nuevo. No te preocupes. Estoy bien.

Miguel Ángel

P.D.: cuando puedas entonces, te espero. Quiero que nos riamos juntos de esta locura, y ver si por fin te aprendiste el poema. Muchas bendiciones. M.A.

9

Piñango, 3 de setiembre de 2020

Querido tío:

Lo único que he encontrado aquí es tristeza. Pude al fin venir hasta el pueblo, y lo que hay en la vega es desolación. Si Miguel sembró la papa, se perdió. Ahí lo que hay es chamiza. Me llevaron hasta el sitio donde se despeñó el camión: ¡un barranco de más de cincuenta metros! Quién sabe qué fue lo que pasó. O Miguel se quedó dormido en medio de ese páramo, o le fallaron los frenos, o qué sé yo. No hay marcas de frenos, simplemente los rastros en la orilla del farallón, donde el camión derrapó. ¡Qué tristeza, tío! Miguel se cansó de pedirme que viniera a verlo. Quizás si hubiera venido, hubiese logrado sacarlo de esa tierra de demencia donde los últimos meses se refugió. ¡Se le metió en la cabeza que la loca Luz Caraballo lo estaba buscando para matarlo! ¡Imagínate! Sus nervios debieron colapsar, y es posible que en verdad tuviera algo en su cabeza, un tumor, cáncer, o qué sé yo, tío. Lo cierto es que Miguel ya no era el mismo. Ayer visité su tumba y le llevé flores en nombre de la familia. Triste final para mi querido primo.

Cuídate mucho, tío, mosca con la pandemia. A quedarse en casa, como todos recomiendan. Yo voy a pasar unos días aquí en Piñango, intentando poner en orden las cosas de Miguel. Muchos saludos a todos, y lo antes posible me regreso. Bendición.

Gabriel

P.D.: Antes que se me olvide, tío. ¿Recuerda cuando Miguel y yo de niños nos la pasábamos allá en su casa y nos íbamos al monumento de la loca a recitarles el poema a los turistas? Miguel insistía en que yo no me había podido aprender el poema...Jejejeje... lo recuerdo como si fuera ayer: "...la loca Luz Caraballo dice el decreto del Juez, porque te encontró una vez, sin hijos y sin carneros, contandito los luceros: ...seis, siete, ocho, nueve, diez...". Eso es para que veas que aún me acuerdo tío. Te quiero mucho, saludos.

Ah, por cierto, mañana voy a revisar bien. Debe ser alguna rama o alguna de las láminas de zinc sueltas, pero anoche oí ruidos afuera. Como si algo se arrastrara rajuñando la pared, y al final, antes de dormirme, escuché como que si algo se estaba riendo... Jajajaja. Qué cosas. Cuídese mucho.

Mérida, agosto 2020

EL EDÉN

1

El camión volvió a derrapar. A pesar del sueño y de lo embotado que se sentía, Pedro José era un conductor experto y había transitado por esa vía muchas veces. Logró controlar el vehículo antes de llegar a la próxima curva, y encendió una vez más el limpiaparabrisas. La neblina que ya era una niebla densa, no le permitía ver más allá de unos pocos metros adelante. Se dio un bofetón para despejarse y apretó los frenos cuando sintió que el camión intentaba salirse de la calzada. Se orilló y bajó del Ford, encendiendo un cigarrillo.

Tras la primera calada, echó una intensa mirada hacia la carretera. No podía ver mayor cosa. Volvió a aspirar el acre humo del Belmont, y se rascó la cabeza.

-Mierda. No veo nada. Ni sé por dónde carajos ando... ¡Y qué sueño tan arrecho!

Se fue hacia el lado del copiloto y aprovechó para orinar.

-No me veo ni el machete... Vamos a ver si con la meada me despierto un poco...

Agarró otro cigarrillo e intentó encenderlo, pero el yesquero tampoco quería funcionar.

-Nojoda. Lo que me faltaba... Ah, pero tengo una caja de fósforos en la guantera...

Tras botar con una mueca los primeros tres palillos, el siguiente chisporroteó con una débil lumbre que parpadeó por la brisa, lo que obligó al hombre a cubrir con su mano al fósforo y encendió por fin el cigarrillo. Ya más calmado, miró a su alrededor.

-Lo último que recuerdo haber visto fue el Águila. Y como vaina rara, estaba cerrado el tarantín ese. Ya deben ser como las diez, porque pasé por ahí después de las nueve...

Volvió a abrir la puerta del copiloto, y buscó en la guantera su viejo reloj. No le gustaba cargarlo encima cuando manejaba, porque decía que agarraba muy mal olor la correa debido al sudor de su muñeca. Con el resplandor del cigarro pudo ver la hora.

-¡Mierda carajo! ¡Si es más de medianoche! ¿Y cómo me tomó tanto tiempo llegar aquí? Si fuera que me quedé dormido, me hubiese ido por uno de esos barrancos...

Mientras hablaba en voz alta, un escalofrío recorrió su espalda. Estaba acostumbrado a manejar de noche por la vía del páramo, pero algo le decía que estaba pasando algo malo. Se subió la cremallera de su chaqueta y volvió a sentarse frente al volante. Prendió el 350 al primer intento, y arrancó despacio: la neblina seguía imperturbable en su empeño de ocultar la vía. Apenas llegó a la siguiente curva, y se pasó la mano por su cabeza y se frotó los ojos.

-Coño, ¿pero por qué tanto sueño?

Segundos después, su barbilla se apoyó contra su pecho. Por suerte iba muy despacio. El camión se salió de la vía y Pedro José se despertó aplicando los frenos con fuerza, pero no pudo evitar que el costado derecho del vehículo golpeará el pequeño promontorio que estaba como a metro y medio de lo que debía ser el hombrillo. El camión se apagó con una fuerte sacudida.

-¡El coño de su madre!- gritó Pedro, por la sorpresa y el susto.

Volvió a descender del vehículo y se asomó a revisar el daño en el frontal. Por suerte no se rompió el faro delantero derecho, pero se veía que el guardafango, el retrovisor y la puerta del lado derecho, habían acusado el golpe.

-Si hubiese sido en uno de los barrancos, no lo iba a contar. ¡Nojoda! ¡Me quedé dormido!

Otro escalofrío lo hizo estremecer. Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y miró a todos lados. Nada ni nadie. Solamente la densa bruma que lo envolvía. Sentía el rebotar de su corazón en el pecho, y aspiró el aire frío y húmedo de esa noche paramera. Ya un poco más calmado, volvió a su puesto al volante. Intentó encender el vehículo, pero nada. Miró cómo las luces, que había dejado encendidas, y el alumbrado del tablero, se debilitaba al darle al arranque.

-Deben haberse aflojado los bornes con el golpe...

Descendió y trancó la puerta con un portazo, abriendo el capó del camión. Regresó contrariado a la cabina para buscar su linterna y un alicate. Volvió a dar un portazo. Revisó y vio todo en orden. Intentó mover los bornes, pero estaban bien ajustados.

-Y entonces, ¿qué mierda sucede? - preguntó al aire. Ninguna respuesta. Solo el ulular creciente de la brisa, que ya amenazaba en convertirse en borrasca.

Volvió a rascarse la cabeza y regresó a la cabina. Intentó de nuevo encender el vehículo, pero nada, no respondía. Bajó muy molesto y con el alicate golpeó tres veces con fuerza el arranque del camión. Nada. El encendido no funcionaba.

-¡Qué buena vaina!

Dio una vuelta para ver la parte trasera del camión, y revisar la carga. Todo en su sitio, aunque todo el costado derecho del 350 estaba pegado al cerro. Alumbró con su linterna y pudo ver que las ruedas tanto delantera como las morochas, estaban metidas en una cuneta. Por lo menos no se había espichado ninguno de los cauchos. Dio una patada a la rueda y regresó a su puesto.

Revisó en la guantera y buscó su teléfono celular. Ninguna señal.

-¿Será que voy a tener que pasar la noche en este páramo de mierda?- exclamó con rabia.

Golpeó al volante maldiciendo su suerte, pero al poco rato se calmó, intentando evaluar su situación. Nunca había sido un hombre friolento, pero en verdad sentía cómo el frío mordía su carne y le calaba hasta los huesos. Por la fuerte neblina ni siquiera podía ver en qué lugar se hallaba, y eso que se jactaba de conocer esa vía como la palma de su mano. El sueño lo estaba envolviendo, pero era tal su contrariedad que no quería dormir.

Tuvo un sueño inquieto. El viento aullaba a su alrededor y gruesos goterones golpeaban la carrocería del camión. Despertó sobresaltado. Su corazón golpeaba con fuerza y sentía cómo le latían las sienes en medio de un terrible dolor de cabeza. Aguzó la mirada y pudo ver a lo lejos, en medio de la neblina, unas luces titilantes de vivos colores.

-¿Pero qué vaina es esa? ¿Luces de neón? No conozco ningún bar por esta soledad...

Puso mayor cuidado y a sus oídos llegó el sonido de música. Música como de rockola. La excitación derivada de lo que percibía a lo lejos, terminó de despertarlo.

-Voy a ir caminando hasta allá a solicitar ayuda...

Abrió la puerta, pero lo pensó mejor. Intentó encender el camión por enésima vez y al arranque funcionó de maravilla. Pedro José no podía dar crédito a lo que sucedía.

-¿Ahora sí prendes, pedazo de perol?

Metió la velocidad y sintió cómo patinaban las ruedas. El camión se apagó.

-¡Vamos, vamos!- exclamó impotente.

Soltó varias imprecaciones, y volvió a darle al encendido. El camión prendió ronroneando como una seda. Pedro se obligó a calmarse, metió la doble transmisión y con cuidado arrancó, y tras una nueva patinada, por fin el camión se movió. Pedro lo llevó de nuevo a la carretera y metió el freno de mano, bajándose para evaluar los daños, soltando sapos y culebras al

ver las abolladuras y el daño al retrovisor. La música llegó a sus oídos con más fuerza. Levantó su mirada hacia el parpadeo de las luces allá adelante.

-Esa vaina debe estar como a un kilómetro de aquí. Voy a ver de qué se trata...

Condujo despacio para evitar que el camión volviera a apagarse y porque la niebla estaba peor que antes. Varias curvas después, llegó al sitio. Jamás lo había visto antes. Se dijo que era bien raro, ya que hacía poco menos de un mes que había pasado por allí y no había visto ninguna construcción.

Llevó al camión hacia el estacionamiento. Era un solar grande que no estaba encementado. No había ningún vehículo aparcado. Pedro se estremeció al sentir la música vibrando. Las luces (ciertamente de un aviso de neón) se tornaban irizadas entre la neblina. "El Edén, hotel bar discotheque. Bienvenidos al paraíso en la tierra", pudo leer. Ensimismado y boquiabierto leyó una y otra vez. Al fin se decidió descender de la seguridad de su camión.

2

-Hola, Pedro José. Bienvenido...

El hombre la miraba boquiabierto. Era una hermosa mujer, vestida con unos pantaloncitos y una blusa que a duras penas cubrían sus exuberantes pechos.

-Y no tiene frío, con este tiempo tan bravo. ¿Y cómo carajo sabe mi nombre?- pensó inquieto.

-Ven, no seas tan tímido. Aquí está calientico...- dijo la joven con voz melosa.

Pedro avanzó casi arrastrando los pies, sin superar la sorpresa. Al traspasar la puerta, ciertamente dejó de temblar. Había en el interior una temperatura muy agradable.

La muchacha sonrió y le hizo un guiño, y avanzó delante de él. Mientras caminaban, la música iba en aumento, envolviéndolos. Pedro caminaba tras la chica, sin comprender, pero ciertamente le agradaba el sitio. Mientras recorrían el largo pasillo, no podía apartar los ojos del trasero de lo joven, mientras ésta caminaba contoneándose coquetamente.

Llegaron a un salón, al final del pasillo, lo que parecía la recepción. El recepcionista le sonrió y exclamó con suavidad: -Bienvenido al Edén. Lo estábamos esperando...

3

Miró sin poder abrir su boca, cómo el hombre garabateaba algo en un libro sin perder la sonrisa en su rostro. Pedro José no entendía nada. Un pequeño golpe en su hombro, lo devolvió a la realidad. Era la muchacha, quien lo miraba dulcemente.

-Ven, ven... Todos te están esperando...

-¿Todos? ¿Quiénes son todos? - preguntó inquieto.

La hermosa chica no le respondió, sino que volvió a guiñarle un ojo. Echó a andar por otro pasillo. Las luces aquí eran mucho más tenues, y la música llegaba con más fuerza a sus oídos. Cruzaron una ancha puerta de vidrio, y entraron a un amplio salón. Apenas podía verse ya que estaba muy oscuro, y se percibía en el aire mucho humo como de cigarrillo, aunque el aroma que envolvía el espacio era mucho más dulzón. Había algunas parejas bailando la extraña música describiendo extraños movimientos, que al principio parecían excitantes, pero mientras avanzaban hacia la barra, Pedro pensaba inquieto que eran movimientos vulgares llenos más que de erotismo, de pornografía.

-¡Démosle la bienvenida a Pedro José! - exclamó la muchacha en alta voz, y a pesar de la música estridente, Pedro sintió que el salón vibró con su voz.

-¡BIENVENIDO!- respondieron todos sin prestarle mayor atención. Pedro sintió cómo su piel se erizaba y un escalofrío recorría su espalda.

-Relájate, guapo- exclamó la muchacha. -Ven, siéntate aquí. Ya van a atenderte...

Pedro agarró el brazo de la muchacha y la soltó de inmediato. No podía explicarlo, pero sintió cómo al contacto había recibido como una descarga eléctrica. Aún boquiabierto, preguntó expectante:

-¿Dónde estoy? Dime por lo menos tu nombre... No conozco a nadie aquí...

-Relájate, corazón. Todos aquí te conocen. Siéntete como en tu casa...- y se volvió, marchándose. Pedro José se quedó allí parado mirando a todos lados sin saber qué hacer.

Mareado, se sentó en la pequeña mesa que tenía al frente. Desde su asiento seguía mirando asustado hacia todos lados. Al poco rato, un mesonero se acercó y le preguntó atentamente: -Sea bienvenido, señor Pedro. Teníamos rato esperándole...

Pedro lo miró incrédulo. Rompió al fin su silencio preguntando:

-Disculpe, pero no entiendo. ¿Dónde carajo estoy? ¿Y cómo es eso que saben mi nombre y me estaban esperando?

-Relájese. Está en El Edén. Aquí tiene una copa. Sea bienvenido una vez más...- y sin mediar más palabras, dejó una copa frente a Pedro y se marchó.

Pedro estaba cada vez más extrañado, aunque increíblemente no estaba asustado, es más, sentía una calma extrañamente reconfortante. Volvió a mirar a las parejas bailando. Las personas que podía ver, eran maravillosamente hermosas. Las mujeres, sensuales y encantadoras, vestidas con prendas algunas casi transparentes, que dejaban poco espacio a la imaginación. Los hombres, jóvenes y atractivos, todos de cabellos largos y

ropas muy pegadas a sus delgados y atléticos cuerpos mientras se movían sinuosamente al compás de la extraña música. El ambiente apenas estaba iluminado por algunas lámparas, de focos de colores iridiscentes, que permitían ver el movimiento de las parejas aumentando el impacto erótico.

A pesar de que se había dicho que no tocaría la bebida, se llevó la copa a los labios mientras miraba desagradado los voluptuosos movimientos de las parejas. Por allá pudo ver varias parejas de hombres bailando y besándose, lo que le desagradó sobremanera. Miró con mayor atención e igualmente pudo mirar varias parejas de mujeres bailando entre ellas. Asqueado, sorbió un trago de la copa. El frío burbujeo que bajó por su garganta le fascinó, aunque aumentó su inquietud.

-¿Champaña? Hay que ver que en este sitio no reparan en gastos...

Mientras seguía deleitándose con su bebida, sentía que se relajaba, pero la sensación de mareo continuó. Terminó su copa, y se volvió para seguir mirando a la pista de baile. No se percató cuando el mesonero puso una nueva copa a su frente. Cinco copas después ya no le extrañaban.

-Hola, guapo... ¿Has visto algo que te guste?- preguntó una joven negra muy sensual que se había acercado a su mesa. Pedro la miró y le sonrió tontamente sin responder la pregunta. Al poco rato también se sentó a su lado una bella pelirroja. Ambas chicas comenzaron a besarse apasionadamente. Pedro no podía creerlo, y al poco rato, ambas féminas lo empujaron al juego erótico, dejando correr la champaña mientras se besaban con lujuria.

Mucho rato después, las dos jóvenes se levantaron y tomaron a Pedro de la mano, llevándolo al centro de la pista, mientras la música estridente hacía que ambas jóvenes se movieran sinuosamente, una al frente de Pedro dándole la espalda, y la otra a su vez a la espalda del hombre, mientras mordisqueaba el

lóbulo de la oreja de Pedro. Extasiado, se dejó llevar, y al rato eran prácticamente uno mientras el trío se movía más que al compás de la música, al compás del deseo y la excitación.

4

Pedro levantó su cabeza. Se había dormido sentado a la mesa. ¿Había sido un sueño? No lo creía. Lo cierto es que todo le daba vueltas. –Debe ser la marihuana o quién sabe cuál otra porquería está fumando aquí...- pensó molesto. Encontró con la mirada a la morena mientras besaba a la pelirroja y a una rubia que se había sumado a la pareja. Vio varias parejas en franco y abiertos actos sexuales a la vista de todos. Era una verdadera orgía, entre el humo, las luces de colores embriagantes y la música.

Ya no le parecían hermosos. Todo era grotesco y vulgar. Incluso se percató, o le pareció, que varios se volvían a mirarlo, riéndose grotescamente. Se levantó y se acrecentó su mareo. Miró expectante a todos lados buscando el baño. Corrió dando tumbos hacia el sitio que indicaba el aviso, y llegó a tiempo para vomitar en el inodoro. Nuevamente tenía la piel erizada y sentía escalofríos en todo el cuerpo. Se levantó con asco y se lavó la cara en el lavamanos, y al levantar la cara miró con horror cómo un par de parejas de hombres estaban en el baño practicando sexo salvaje. Salió asqueado del cuarto de baño y regresó a la discoteca, y ya sin ganas de estar con sus compañeras de baile, atravesó en zigzag la pista buscando salir de allí.

5

Al llegar al pasillo, se apoyó contra la pared. El dolor de cabeza había regresado con furia y sentía que todo le daba vueltas.

-Tengo que llegar a la recepción y marcharme de este lugar...

Empezó a caminar apoyándose en la pared. A cada paso crecía su inquietud y el deseo de salir de ese lugar. Varios minutos después, se detuvo. Cuando caminó tras la chica de los pantaloncitos, estaba seguro que no había caminado tanto. Miró hacia atrás, y solamente veía al pasillo. La música la sentía lejos, así que siguió caminando apoyándose en la pared. No podía entender cómo esa pequeña edificación podía tener un pasillo tan largo. Estaba seguro que había salido de esa discoteca pecaminosa hacía más de media hora. Ahora sentía el corazón desbocado en su pecho, y cada latido era un verdadero tormento en sus sienes. Por fin pudo ver una puerta en el fondo. Se separó de la pared y avanzó resuelto hacia esa puerta. Tenía que ser la salida.

6

Al traspasar la puerta de vidrio, llegó a un salón mucho más grande que la discoteca. Este salón estaba muy iluminado. Numerosas parejas trajeadas de etiqueta, bailaban al compás de una orquesta que ejecutaba un vals.

-¿Pero qué carajo es esto? ¿Otra discoteca? ¡No me jodas!- dijo en alta voz para sí mismo.

-Don Pedro, qué bueno verlo por aquí...

Pedro lo miró horrorizado. Era el mismo mesonero, pero ahora exquisitamente trajeado con esmoquin. Le alcanzó una copa que Pedro agarró como un autómatas. En este salón la gente se comportaba con educación y buenas maneras. Eso le tranquilizó un poco. A pesar de sentirse como un completo extraño en ese sitio, vestido con su ropa de trabajo y por completo fuera de lugar, se acercó a una mesa vacía y se sentó. Estaba completamente mareado, no sabía si por el licor extraño que bebía, si por el humo de cannabis (estaba seguro que era marihuana) o por todas

las cosas extrañas que había encontrado en ese lugar. Todos los presentes le sonreían mientras daban vueltas en la pista siguiendo la música.

La hermosa joven que lo había recibido, se le acercó. Estaba divina en su traje de noche, muy brillante. Pedro la miró sin sorprenderse.

-Estás preciosa. Pero no me has respondido mis preguntas...

Por toda respuesta, la chica se acercó y le dio un suave beso en los labios mientras le sonreía. Se marchó haciéndole un nuevo guiño.

Pedro sentía que todo le daba vueltas. Simplemente quería regresar a su camión y marcharse de ese diabólico lugar. Varias copas después, miró horrorizado cómo un apuesto hombre maduro sacaba un cuchillo filoso y cortaba la garganta de su bella pareja. A partir de allí se desató una verdadera orgía de sangre. Nadie gritaba, solamente se escuchaba el forcejeo entre los asistentes a ese elegante baile, mientras se degollaban unos a otros. La sangre manaba a borbotones, y el mesonero caminaba imperturbable sirviendo nuevas copas.

Pedro se levantó aterrorizado e intentó salir de ese lugar de horror, y resbaló en un charco de sangre, cayendo aparatosamente al suelo. Intentó incorporarse y solamente logró impregnar su ropa y su cuerpo del viscoso líquido. Pudo levantarse y gritando lleno de pánico, salió de ese salón de muerte. Mientras avanzaba entre los cuerpos degollados, puso sentir que todos se reían viéndole. Al cruzar la puerta, una nueva bocanada de vómito subió con fuerza y botó todo lo que sentía en el estómago apoyado en la pared. Levantó su cara mirando horrorizado Las manchas de sangre que sus manos dejaban en el papel tapiz que cubría la pared del pasillo. Gritó aún más fuerte y cayó allí mismo en la inconsciencia.

7

Cuando despertó no sabía cuánto tiempo había pasado. Recordó todo el horror que había vivido en ese salón, y miró la pared. Nada. Todo inmaculado. Se miró las manos y no vio mancha alguna. Aterrorizado y sintiendo que el corazón se le iba a salir del pecho, se levantó y echó a correr por el pasillo. Un buen rato después, detuvo su carrera y avanzó a paso decidido, pero caminando. Ese pasillo tenía que llevar a algún sitio.

Varias decenas de metros más adelante, encontró unas escaleras. Estaba seguro que no había subido ni bajado escalera alguna. Es más, estaba seguro que cuando estacionó frente al hotel, este tenía una sola planta, a lo máximo dos. Ya no estaba tan seguro. Se asomó y vio que la escalera ascendía varios pisos. Miró hacia abajo, e igualmente vio cómo se perdía varios pisos más abajo. No quiso aventurarse en ninguna dirección, y siguió corriendo por el pasillo.

Por fin desembocó en lo que le parecía la recepción que había visto al llegar. Estaba aterrado y lleno de sudor, tanto por la carrera como por el pánico.

-Dígame, señor Pedro, ¿qué puedo hacer por usted?

-Nojoda, ¿qué puedes hacer por mí? ¿QUE QUÉ PUEDES HACER POR MÍ?

-Cálmese, señor. Este es un lugar de descanso y diversión...

-¿Descanso y diversión? ¿Es en serio? ¡NO ME JODAS!

-Relájese... a usted le falta un buen trago

-No quiero ningún trago. ¡Quiero marcharme de aquí!!!

-Me temo que no es posible. Relájese y disfrute...- comentó el recepcionista sin mirarle a los ojos.

Pedro agarró al hombre por las solapas de su chaqueta y con horror y asco le soltó. Los ojos del recepcionista eran unas cuencas vacías. Al abrir su boca pudo observar sus encías purulentas y los dientes podridos que tenía el hombre que no dejaba de sonreír.

-Quiero hablar con el gerente...- exclamó sin mucha convicción.

El recepcionista continuó revisando la pantalla de su computadora sin prestarle atención.

Pedro echó a correr en dirección a la puerta, percatándose que el pasillo era mucho más largo que al ingresar a ese antro diabólico. Siguió corriendo hasta caer rendido y casi sin resuello. No veía ninguna puerta, solamente metros y metros de pasillo. Sin puertas ni ventana.

-¿Pero en dónde coño estoy?- se preguntó en voz alta. Miró hacia atrás y no pudo divisar la recepción. Se sentó en el piso y escondió su rostro con sus manos que no paraban de temblar. En esa posición volvió a quedarse dormido, despertando desorientado, agarrotado y sin saber cuánto tiempo había dormido.

Frente a él, la bella chica que le había recibido y el mesonero lo miraban con una sonrisa burlona en sus rostros.

-Por favor... Quiero marcharme de este lugar.

-No puedes, Pedro. Es el Edén...

-¿Qué demonios es este sitio?- volvió a preguntar.

La chica y el mesonero se dieron la vuelta sin responder y se alejaron riéndose. Pedro los miró con rabia e intentó levantarse y perseguirlo, pero tenía las piernas acalambradas, por los que se quedó allí sentado intentando masajear las adoloridas extremidades. Un buen rato después se levantó, y se percató que varios metros adelante por ese mismo pasillo había una especie de ventana que no había visto anteriormente.

Decidido, se levantó y avanzó hasta la misma dispuesto a intentar escapar por allí.

-Ya debe ser de día, alguien debe ver este lugar desde la carretera. Si tengo que romper el vidrio, lo haré- pensaba mientras se acercaba a la ventana.

Era una amplia ventana panorámica. El vidrio estaba inmaculadamente transparente, y al llegar, Pedro lo tocó. Era un vidrio muy grueso y el golpearlo con sus manos apenas se sintió un sonido opaco, sin eco.

Pedro golpeó varias veces el vidrio, y extenuado se detuvo jadeando. En ese momento se percató que al otro lado de la ventana la oscuridad envolvía todo. Ninguna luz en la carretera, apenas algunos luceros y estrellas en el oscuro cielo. Intentó divisar a su camión, pero nada. Estaba seguro que estaba mirando la parte exterior de la entrada, pero de su camión nada.

-Lo que me faltaba, Me robaron mi camión...- maldijo entre dientes. Miró en ambas direcciones del largo pasillo y decidió regresar hacia el área de recepción.

Anduvo un buen rato y la música volvió a llegar a sus oídos. Su corazón latía aceleradamente y al llegar a una puerta, la abrió para cerrarla violentamente. La orgía estaba en pleno apogeo. Caminó hacia atrás y reparó en otra puerta que al pasar por allí no había divisado. Apoyó su oído y al no escuchar nada, se atrevió a abrirla. Tuvo que contener un grito. Estaba en el elegante salón, y las personas o lo que fueran, vestidos elegantemente, exhibían sus bocas y rostros llenos de sangre. ¡Estaban comiéndose entre sí! Pedro cerró con fuerza esa puerta y caminó hacia atrás lleno de espanto. La mujer que lo había recibido tocó su hombro, provocando que el hombre pegara un grito, más que de sorpresa, de repulsión y horror. Con ojos desmesurados, miró a la bella mujer que no dejaba de sonreírle y por enésima vez, le guiñó un ojo.

-Por favor... Por favor... Dime qué es este lugar.

-El Edén, Pedro José. Ya te lo he dicho...

-Quiero irme de aquí...- balbuceó.

La joven tomó su mano y le dijo: -No puedes irte, corazón. Ya te lo había dicho también...

-Pero... ¿Por qué?- gimoteó. -¿En dónde está mi camión?

La bella chica acentuó su sonrisa y sin soltar la mano de Pedro lo llevó nuevamente por el pasillo. Había otra ventana similar a la que se había asomado antes. La muchacha señaló hacia el exterior. Pedro se asomó y no pudo ver nada.

-Allá, a lo lejos. Al pie de aquel cerro...

Pedro aguzó su vista, y pudo divisar en la oscuridad unas luces que refulgían entre la espesa neblina. Era el fondo de un precipicio. Las luces correspondían a algún vehículo que estaba volcado allí entre las rocas.

Pedro miró a la mujer con una mirada de interrogación, y la muchacha le dijo que viera bien. El hombre, aterrorizado volvió a asomarse y tras un esfuerzo, pudo distinguir. Un camión volcado. ¡Era su camión! Retrocedió horrorizado y se apartó de la ventana. La muchacha aún tenía su mano tomada y le miraba divertida.

-Disfruta tu estancia en el Edén, Pedro José. Nunca podrás irte. Eres un alma muy especial.

La mujer soltó la mano de Pedro José y se alejó por el pasillo. Los horrorizados ojos de Pedro volvieron a intentar ver a través del vidrio de la ventana. Una espesa bruma había cubierto todo. La música y el humo se hicieron nuevamente palpables, envolviendo a Pedro. Un grito brotó de su garganta y su pecho. Las risas, el ruido obscuro de la música, el olor nauseabundo del humo se confundieron con su grito. Estaba para siempre en el Edén, el paraíso en la tierra.

Mérida, septiembre 2021-noviembre 2024.



La presente edición se editó
en el mes de octubre de 2025
en la Imprenta de Mérida, C.A.
Calle 20, entre avenidas 6 y 7
Teléfono: 0274-251.03.21
produccion.immeca@gmail.com
Mérida - Venezuela

